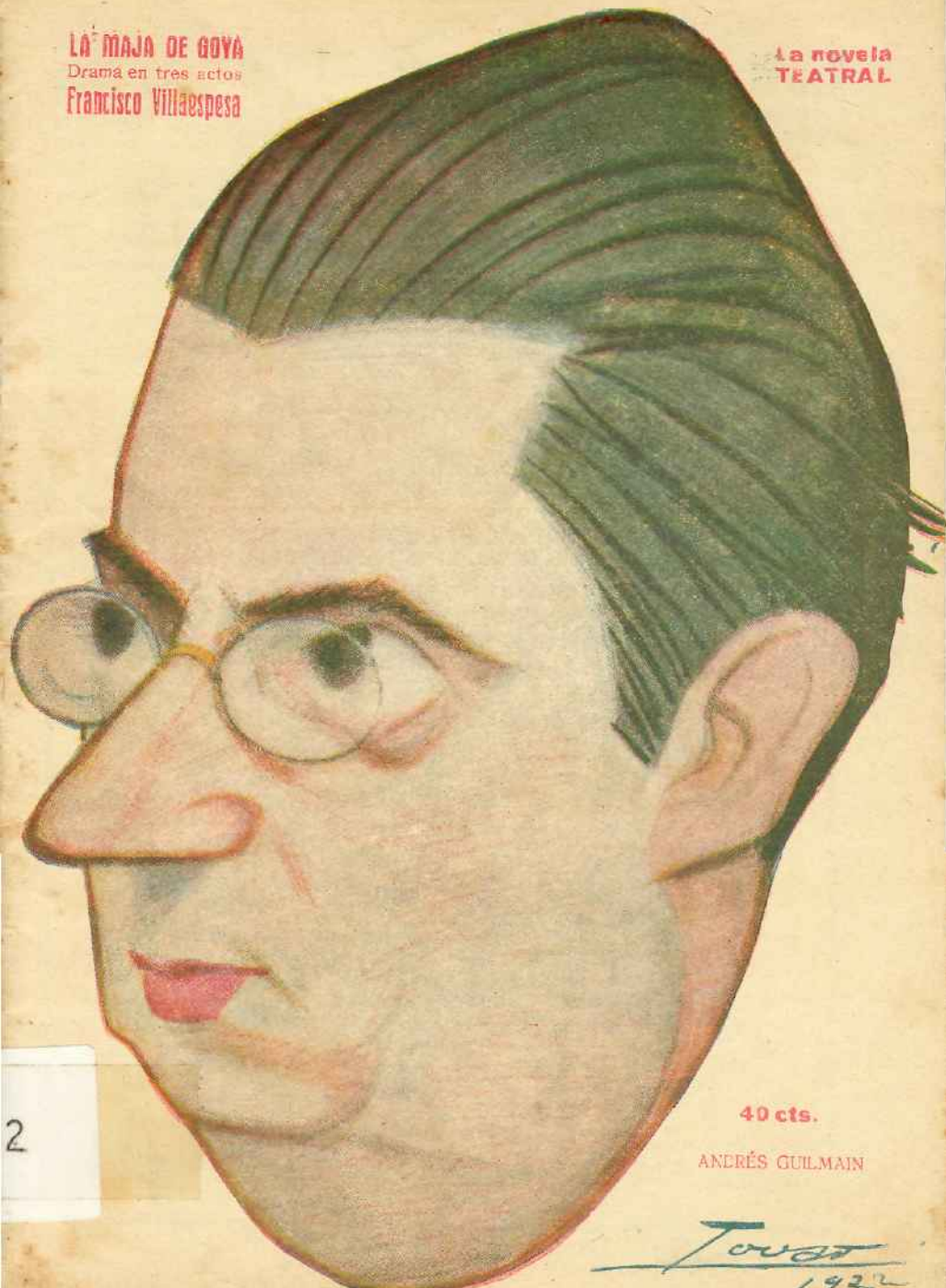


LA MAJA DE GOYA
Drama en tres actos
Francisco Villaespesa

La novela
TEATRAL



40 cts.

ANDRÉS GUILMAIN

Tovos
1922

N.º 354
Año VIII

LA NOVELA TEATRAL

Madrid 2
Sept. 1923

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUÍA

ADMINISTRACIÓN: MADRID.-CALVO ASENSIO, 3.-APARTADO 8.008.-TELEFONO 1-624

AGENTES EXCLUSIVOS PARA LA VENTA DE ESTA REVISTA:

República Argentina: ANTONIO MANZANERA. Independencia, 856.-Buenos Aires
Precio del ejemplar en Buenos Aires: 30 centavos.

Guatemala: DE LA RIVA HERMANOS. - 9.ª Avenida Sur. n.º 8. - Guatemala C. A.

EL FOLLETON

Revista semanal literaria lujosamente editada, cubierta
en papel cuclat a cuatro colores, profusamente ilustrada.

HA PUBLICADO ESTA SEMANA

EL VIZCONDE DE BRAGELONNE

(TOMO TERCERO)

DE

ALEJANDRO DUMAS

NÚMEROS PUBLICADOS:

- Num. 1. - ALEJANDRO DUMAS. - Los mil y un fantasmas.
- 2. - VICTOR HUGO. - Han de Islandia.
- 3. - CARLOS DICKENS. - Los tiempos difíciles.
- 4. - F. DUS LOJEWSKI. - Crimen y castigo.
- 5. - ALLAN POE. - Aventuras de Arturo Gordon Pym.
- 6. - ENRIQUE SIENKIEWICZ. - ¿Quo Vadis?
- 7. - IVAN TURGUENEF. - Humo.
- 8. - WALTER SCOOT. - El pirata.
- 9. - AB-TE PREVOST. - Manon Lescaut.
- 10. - HONORATO DE BALZAC. - La piel de zapa.
- 11. - PONSÓN DU FERRAIL. - Las miserias de Londres.
- 12. - FENIMORE COOPER. - El último mohicano.
- 13. - G. BORIAU. - Por el honor del nombre.
- 14. - WISEMAN. - Fabola.
- 15. - LEONTULST. - Resurrección.
- 16. - A. DUMAS. - Los tres mosqueteros (tomo I.)
- 17. - A. DUMAS. - Los tres mosqueteros (tomo II.)
- 18. - A. DUMAS. - Veinte años después (tomo I.)
- 19. - A. DUMAS. - Veinte años después (tomo II.)
- 20. - A. DUMAS. - Veinte años después (tomo III.)
- 21. - A. DUMAS. - El vizconde de Bragelonne (tomo I.)
- 22. - A. DUMAS. - El vizconde de Bragelonne (tomo II.)
- 23. - A. DUMAS. - El vizconde de Bragelonne (tomo III.)

132 páginas.

40 cts.

**ESTA OBRA NO
SE PRESTA**

Gullerov 1200
R-7362-A

La novela TEATRA

Presos: 40 cts.

LA MAJA DE GOYA

DRAMA EN TRES ACTOS, ORIGINAL DE

Francisco Villaespesa

PERSONAJES

LA MAJA.—BENITA PASTRANA.—MANU.—LA MALASAÑA.—DOÑA JOSEFINA.—UNA MAJA.—DON FRANCISCO DE GOYA.—PEDRO ROMERO.—DON JACINTO RUIZ DE MENDOZA.—DON MANUEL RUIZ DE VILLANUBVA.—DON MIGUEL DE ALARCON.—JUAN MALASAÑA.—CAPITAN MONCEY.—CAPITAN LEFEVRE.—ANTONIO MOSQUERA.—DOCTOR GALINDEZ.—COSME MORA.—MAURICIO FOURNIER.—JOSÉ LEBLANC.—OFICIAL FRANCÉS.—UN CENTINELA.—UN MOZO.

Majas, chisperos, soldados españoles y soldados franceses.

La acción en Madrid. Mayo de 1808.



ACTO PRIMERO

San Antonio de la Florida, en un bello y claro atardecer de Primavera. Al fondo, la blanca fachada de la Ermita que reedificó Fontana e inmortalizó Goya, recordándose nítidamente entre el verdor profuso de las frondas y la serenidad azul del cielo. A la izquierda, en primer término, una botillería, con emparrado a la puerta. Bajo el emparrado mesas y sillas rústicas. A la derecha, en el centro de una verja de hierro labrado, tapizada de madreselvas y campanillas, un gran arco de piedra del más puro estilo de Carlos III, que sirve de entrada a los jardines.

Benita Pastrana, Manuela Malasaña, Antonio Mosquera, Cosme Mora y algunas majas y majos, bebiendo y cantando bajo el emparrado, a compás de una guitarra que respuntea una de ellos. Pedro Romero, que aparece por

la puerta de la botillería, y un mozo viejo, que sirve el vino en grandes jarras de Talavera.

MOS.—¡Venga vino y a cantar!...

MOZO.—(Con sorna cuadrándose an-

te los majos.) Mas, ¿quién afloja el dinero?

PED.—*(Adelantándose.)*

¡Nadie se mueva a pagar donde está Pedro Romero!
(Todos le cercan, saludándole con júbilo.)

COS.—¡No existe en España entera un torero más valiente!

MAN.—¡Si una corona tuviera para ceñirla a tu frente me arrancaba la corona!...

PED.—*(Arrojando al mozo, sobre una mesa, un bostillo de seda verde sujeto por un ceñidor de oro.)*

¡Venga otra ronda!... ¡Y en tanto

que quede una pelucona, corra el vino y siga el canto;

que el vino sabe mejor

y más y más nos agrada,

cuando se apura al amor

de una copla bien cantada,

contemplando el picareasco

vaién con que las manólas

van bordando el arabesco

de las danzas españolas!...

(Todos vuelven a sentarse. Pedro Romero, de horcajadas en una silla, en el primer término. El mozo sirve otra ronda. Cosme Mora respuntea una seguidilla que bailan Manuela Malasaña y otra maja.)

BEN.—*(Cantando.)*

El rey de los gabachos

dicen que quiere

comprarnos la corona

de nuestros reyes...

¡Pero no sabe,

que aunque nos falta el oro,

nos sobra sangre!...

(Todos la jalean.)

MOS.—¡Olé, por lo bien cantado!...

COS.—¡Viva tu madre, criatura!...

MOS.—¡Qué querubín te ha enseñado a cantar con tal dulzura?

PED.—*(Acercándose a Benita.)*

¡Oyéndote, no me atrevo

ni siquiera a respirar!...

¡Con otro nuevo cantar

perfuma el aire de nuevo,

pues parece, hermosa flor,

cuando tu voz de oro canta,

que tienes un ruiseñor

gorjeando en la garganta!

BEN.—*(Ruborosa.)*

¡Pues volvamos a empezar!...

¡Cantaré, porque no quiero

de nuevo hacerme fogar

por tan famoso torero!

(Vuelve de nuevo la música y el baile.)

BEN.—*(Cantando.)*

A Bayona de Francia

se fue Fernando,

a ver a Buenafarte

nuestro aliado.

¡Leones y águilas,

nunca en el mundo han hecho

buena alianza!

PED.—*(A Benita.)*

¡Danza tú también, chiquilla,

que quiero ver cómo vuelas

bailando esta seguidilla

al son de las castañuelas!

(Benita Pastrana toma unas castañuelas y baila con Manuela Malasaña, a compás de la guitarra y de las palmas de los majos.)

Dichos y el tío Juan Malasaña, que penetra por el segundo término de la izquierda.

MAL.—*(Con indignación, encarándose con los majos.)*

¡Muchachos, basta de danza!...

Llegó la hora... ¡Afilad

las navajas, y tomad

de los franceses venganza!...

(Todos se levantan y le rodean.)

PED.—Mas, ¿qué ocurre?...

MAL.—¡No sabéis

lo que en Francia están fraguando?...

¡Mientras el tiempo perdéis

en jolgorios y en verbenas,

remachan en tierras extrañas

los hierros de las cadenas

que han de esclavizar a España!...

¡Madrid ruge de furor,

porque se está susurrando

que a nuestro Rey don Fernando,

encerró el emperador

con traidora felonía,

por quitarle la corona,

en la torre más sombría

del castillo de Bayona!...

(*Movimiento de profunda indignación en el grupo.*)

MOS.—¡Nuestras armas vengarán el ultraje, Malasaña,

y a buscarle a Francia irán todos los majos de España!

MAN.—¡A nuestro Rey sacaremos en triunfo de su prisión,

y en su lugar, meteremos al propio Napoleón!

MAL.—Mas hay noticias peores que las que habéis escuchado...

(*Todos vuelven a cercarlo con ansiedad.*)

¡Dicen que existen traidores en la Junta, y que han tratado,

haciendo la vista extraña a su sangre y a su ley,

de vender también a España como vendieron al Rey!

(*Aumenta la indignación de los majos.*)

MAN.—(A los majos.)

¡Vuestra sangre no se altera?... ¡Majos, a palacio id,

y arrastrad la Junta entera por las calles de Madrid!

PEL.—(Interrumpiendo la indignación general con voz grave y serena.)

Crédito a habilllas no demos de la inquietud popular,

y tranquilos esperemos los sucesos para obrar.

(*Ofreciendo un jarro de vino al tío Malasaña.*)

MAL.—(Tomando el jarro.)

¡Veréis que pronto despacho!

COS.—(Alzando el suyo.)

¡Brindad antes, Malasaña!

MAL.—¡Por qué no quede un gabacho para contar, en España!

(*Todos brindan, apurando los jarros, en medio de una algarada de risas y gritos.*)

Dichos, Mauricio Fournier y José Leblac, granaderos franceses, que penetran por el arco de la derecha.

PED.—(Viendo a los granaderos.)

Silencio, aquí vienen dos...

MAL.—(Llevándose la mano a la faja.)

¡Lo que es esos granaderos no han de irse, vive Dios,

sin probar nuestros aceros!...

PED.—(Con severidad.)

¡Toda pendencia rebuid!...

¡Silencio! ¡No mancillad la noble hospitalidad

que es orgullo de Madrid!...

(*Volviéndose a algunos majos que intentan marcharse por la izquierda.*)

¡Quietos todos!... ¡Y volvamos a la danza y a beber,

no se vayan a creer que por miedo nos marchamos!

(*Todos vuelven a ocupar sus puestos, mientras los soldados franceses avanzan altaneramente y se sientan junto a la primera mesa de la derecha.*)

LEB.—(Sentándose.)

¡Me abracó de sed!

FOU.—(Al mozo.)

¡Buen viejo, danos pronto una botella

del vinillo más añejo que bajo el sol que destella

este cielo azul de España, la misma sed nos acosa

que en la llanura famosa que el Nilo fecunda y baña!

(*El mozo coloca una botella de vino y dos jarros sobre la mesa.*)

LEB.—(Vaciendo la botella en el jarro, y apurándole a grandes tragos.)

¡Rico vino!

MOS.—(Riéndose, a los majos.)

¡Con tal brío bebe, que fuera capaz

de secar, de un trago, el río!

PED.—(Conteniéndoles.)

¡Tengamos la fiesta en paz!

FOU.—(Al mozo, viendo que apenas queda vino en la botella.)

¡Venga otra, vive Dios, que ni amores de doncella

ni el vino de una botella se reparten entre dos!

LEB.—(Después de apurar su jarro, mientras el mozo vacía otra botella en el de Fournier.)

¡Sargento, nuestro camino fuera triste, a no tener,

para alegrarle, el buen vino y el amor a la mujer!...

FOU.—(Bebiendo.)

¡Pues bendice esta campaña,

si ambas dichas gozar quieres,

que para vino y mujeres
es un paraíso España!
(Los majos prosiguen bebiendo en silencio, dirigiendo de vez en cuando miradas agresivas o burlescas a los franceses)

LEB.—*(Volviéndose al mozo.)*
¡Venga vino, condenado!...
MOZO.—Mas, ¿quién paga el consumo?

LEB.—*(Con altanería.)*
¡Con habérsote bebido
está de sobra pagado,
que el soldado con decoro,
viendo su bolsa agotada,
paga de su deuda el oro
con el hierro de su espada!...

(Amenazante al mozo.)
MOZO.—¡Pagad primero!...
(Viendo a Leblanc que se alza y empuña la espada.)

¡Por la fuerza no me humillo,
que el filo de vuestro acero
se mellará en mi cuchillo!...
(Da un salto atrás y se dispone a defenderse. Algunos majos se alzan, llevándose las manos a las fajas.)

PED.—*(Conteniéndoles.)*
¡Las manos quietas, muchachos!...
MOS.—¡Sus bravatas nos sublevan!...
PED.—*(Al mozo.)*

¡Sirve vino a esos gabachos,
que yo pago cuanto beban!...
LEB.—*(A Pedro Romero, sin dejar su actitud agresiva.)*

¡Atenciones os debemos
por tanta cortesía,
mas dejad que castigemos
de ese majo la osadía!

PED.—*(Con severidad.)*
La violencia y los castigos
son lícitos en la guerra;
¡mas a título de amigos
entrásteis en esta tierra,
y no está bien que paguéis
de tan injusta manera
la hospitalidad sincera
que a nuestra patria debéis!...
¡Si mi convite aceptáis,
su imprudencia perdonad,
y tranquilos apurad
todo el vino que queráis!...

(Los franceses agradecen con un movimiento de cabeza. Todos vuelven a

sentarse.)
FOU.—*(A Leblanc, en voz baja.)*

¡Prudencia, Leblanc!...
LEB.—*(Bebiendo.)*
¡No puedo
tolerar tanta altivez,
y si hoy por prudencia cedo,
ya me vengare otra vez!...

FOU.—*(Bebiendo.)*
Pronto tendrás ocasión...
LEB.—¿Tú esperas?...
FOU.—¡Que se levante
con arrestos de gigante
contra Francia esta hición!...
LEB.—*(Exaltándose con el vino.)*
¡Vive Dios, que eso me agrada,
porque de tanto reposo,
oxidada está mi espada
y mi fusil herrumbroso!...
(De pronto, sonriendo, como asaltado por una idea repentina.)

¿Y la maja?...
FOU.—*(En voz baja.)*
El capitán
en acecho de la moza...
Nuestra gente y la carroza
ya prevenidos están
en medio de esa espesura...
(Señalando a los jardines reales.)

¡Y vive Dios, que prefiero,
a servirle de tercero
en tan infame aventura,
desplegada la bandera
y al tronar de la metralla,
asaltar una trinchera
en un campo de batalla!...
¡Que no es digno de un soldado
del ejército imperial,
entre sombras y ayudado
cual cobarde criminal,
inmolando su deber
en aras de su rencor,
acechar a una mujer
para robarle el honor!...

LEB.—*(Después de haber apurado su jarro, exacerbado por la embriaguez.)*
¡En guerras como en amores
de ardides siempre hay que usar,
que a veces son los mejores
caminos para triunfar!...
(Pequeña pausa. Vuelven a beber. Los majos cuchichean, mientras resuena, quedo y trémulo, el pespunteo de la guitarra.)

FOU.—(Volviéndose a los majos.)

¿Qué pasa?... Bajo el verdor
lujurante de esa parra,
¿por qué una copla de amor
no suspira la guitarra?...

PED.—(Conteniendo con un gesto el
movimiento de protesta de los majos,
y dirigiéndose después a los france-
ses.)

¡Franceses, si os causa agrado
nuestros cantos escuchad,
acercáos al emparrado!...
(Volviéndose a Benita.)

¡Benita, empieza a cantar!...
(Cosme Mora preludia de nuevo, en
la guitarra. Los franceses se levantan,
medio ebrios, y se dirigen bajo el em-
parrado.)

MAL.—(A Leblanc, mostrándole una
silla.)

Si quieres nuestra compañía,
aquí hay sitio, granadero...
(Ofreciéndole un jarro de vino.)

Pero, ¡brindarás primero
por Fernando y por España!...
LEB.—(Jactanciosamente.)

¡Decechad vuestra arrogancia,
que hay otro brindis mejor!...
¡Brinda conmigo por Francia
y por nuestro Emperador!...

MAL.—¡Por España y por Fernando
solamente brindaremos!...
(Los majos se levantan, dejando de
tocar.)

LEB.—(Amenazante, echando mano a
la espada.)

¡Mas a la fuerza os haremos
que brindéis!...

MAL.—(Cuadrándose delante.)

Mas ¿cómo y cuándo?...

LEB.—(Desenvainando la espada.)

¿Cuándo?... ¡Ahora!... ¿Y cómo?...

[¡Así!]

(Le tira un tajo, que el tío Manuela
esquiva de un salto.)

MAL.—(Tirando de la navaja.)

¡Y yo dejaré en tu cara
ahora este recuerdo, para
que no te olvides de mí!...

(Los majos se dirigen a acometer a
los franceses. Fournier tira de la es-
pada para defender a su compañero,
cuando por el segundo término de a
izquierda aparece el teniente don Ja-

cinto Ruiz de Mendoza y se interpone
entre los dos bandos.)

Dichos y el teniente don Jacinto Ruiz
de Mendoza.

RUIZ.—(Conteniendo a los granade-
ros.)

¡Atrás!...

(Volviéndose a Pedro Romero.)

Mas, ¿qué ha sucedido?...

PED.—¡Al vino adora el soldado!...

¡Tanto vino han trasegado,
que la cabeza han perdido!...

LEB.—(Altivamente, a los majos.)

¡Dad gracias al oficial,
que si no, sabríais, osados,
lo que valen los soldados
del ejército imperial!

FOU.—¡Si no tuviese el deber
nuestra mano encadenada,
veriais!...

RUIZ.—(A los granaderos.)

¡Al cinto la espada.

que espacio habéis de tener
en que con más arrogancia
podréis blandirla mejor,
para defender a Francia
en los campos del honor!

(Los granaderos ensainan sus espa-
das, saludan militarmente y salen por
el arco de la derecha.)

Todos, menos Fournier y Leblanc.

BEN.—(Acercándose al teniente Ruiz.)
¡Jacinto!...

RUIZ.—(Contemplándola con ternu-
ra. Su voz se suaviza de amor al es-
trechar sus manos.)

¡Benita, ¿ah!...

¿Qué has hecho, dí?...

BEN.—(Señalando a la hija de Ma-
saña.)

Con Manuela

pasamos cantando el día
a compás de esa vihuela...

(Cambiando de tono, con reproche
infantil.)

¡Por qué tan tarde has venido?...

RUIZ.—Mis deberes militares
en Madrid me han retenido...

(A las majas.)

¡Tornad a vuestros hogares,
que la noche se avvicina,
y sus sombras tracionadas
protegen la indisciplina
de esas tropas extranjeras
que, con disfraz de amistad,
en España se han entrado,
aun con más rapacidad
que en un país conquistado!

MOS.—¡Tranquilo estad, mi teniente,
que van bien acompañadas!

Si algún francés irpolente,
siquiera con las miradas
a ultrajarlas se arreviera,
para vengar tal ultraje,
mi navaja, de un viaje,
el corazón le partiera!

MAL.—¡De sufrirlo va no hay medio;
y como llegue a estallar
la indignación popular,
en Madrid no va a quedar
un francés para un remedio!

(Todos saludan al teniente Ruiz y a Pedro Romero y se dirigen al segundo término de la izquierda.)

BEN.—(Volviéndose con voz baja y trémula al teniente Ruiz.)

¡Te quedas aquí!

RUIZ.—(Estréchándole las manos.)

¡Me quedo!

BEN.—A la hora acostumbrada
te aguardaré en mi morada...

(Con la voz rota de emoción.)

¡Mira que vivir no puedo

sin la luz de tu mirada!

(Se senara y sale con los majas por el segundo término de la izquierda.)

Teniente Ruiz y Pedro Romero.

PED.—¿Adónde vais, mi teniente?...

RUIZ.—A ver a Dacis y Velarde,
que me han citado esta tarde
al otro lado del puente,
para a solas discurrir
y estudiar de qué manera
vamos a España a eximir
de la opresión extranjera!

PED.—¿Malas noticias?...

RUIZ.—¡Tan malas,
que no vamos a encontrar
plomo para tantas balas

como vamos a gastar!...

PED.—¿Tan graves las nuevas son?...

RUIZ.—Fernando, preso en Bayona,
ha abdicado la corona
de España, en Napoleón...

(Trémulo de ira.)

¡Y obró bien villanamente!

PED.—El monarca, ¿qué iba a hacer
sólo y preso?...

RUIZ.—¡Perecer

con la corona en la frente;

porque corona tan bella,

de tan fúlgidos diamantes,

bien merece morir, antes

que desprenderse de ella!

PED.—¡Mas estos reinos leales

no aceptan la abdicación,

que aun hay personas reales

para regir la nación!

RUIZ.—¡Nuestra ilusión nos engaña,

que también a los infantes

se los llevan!... ¡Pero antes

tendrán que arrasarse España!...

¡Será impotente su afán,

que en tanto que bajo el sol

queda vivo un español,

los infantes no se irán!...

PED.—Mas, ¿qué hacen nuestros que-
rreros?...

RUIZ.—Sin armas y cuartelados,

por los franceses cercados,

también son nuestros soldados

en su patria prisioneros.

¡Viendo sus esfuerzos vamos

para vengar tanto ultraje,

desgarran de rabia el traje,

y les tiemblan de coraje

los fusiles en las manos!

¡Oh, si mi acento pudiera

vencerlos, no amaneciera

en las cumbres la mañana

con sus reflejos triunfales

sin que la sangre, en la lid,

no corriese hecha raudales,

por las calles de Madrid!

PED.—Prevenirte es menester...

Aun no es tiempo... ¡Tened calma!

RUIZ.—(Con impetuosidad.)

¡Siempre es tiempo, habiendo alma,

para vencer o morir!

Antes que vivir esclavo

bajo el soberbio opresor,

el que es noble y el que es bravo

encuentra mucho mejor

expirar en la campaña,
con el pecho atravesado
por cien balas, abrazado
a la bandera de España!...

PED.—Preso el rey y pronta a huir
la corte, si el odio estalla,
¿qué jefe va a dirigir
nuestra gente en la batalla?...

RUIZ.—¡No es de temer ese mal,
que habrá mientras luzca el sol
en España un general,
que es el valor español!...
¡Y él ha de hacer en el fiero
combate que se avencna,
de una maja una heroína,
y un Cid de cada chispero!...

PED.—¡De qué servirá el valor,
si no tenemos cañones,
ni parques con municiones!

RUIZ.—(Con fiereza.)
¡Para morir con honor,
fundiremos denodados
los más preciados enseres:
las rejas de los arados,
los hierros de los talleres,
y hasta del templo el tesoro;
y de sorpresa en sorpresa,
a la codicia francesa
daremos balas de oro!
¡No hay que perder un momento!...
¡Todo Madrid se estremece
de furor, y hasta parece
que huele a pólvora el viento!...
¡Veréis cuando llegue el día,
y en esta altiva nación
despierte y ruja el león,
cómo nuestra bizarría
todo a su paso lo arrolla!...
(Dan las siete en el reloj de la er-
mita.)

¡Es hora!... ¡Venís conmigo?...

PED.—¡No puedo!
Aguardo a un amigo:
¡a don Francisco de Goya!...
y no tiene el gran pintor
ni paciencia ni talento,
para tolerar un plante...
¡pues gasta bueno el humor!...

RUIZ.—(Estréchale la mano.)
¡Adiós!...
(Sale por el segundo término de la
izquierda, sin reparar en la maja, que
penetra por el mismo lado, con un

ramo de rosas blancas y rojas en la
mano.)

PED.—(Al teniente Ruiz, por la ma-
ja.)

¡Mirad lo que viene!...
(Viéndole alejarse sin reparar en ella.)
¡Prisa debéis tener
cuando, al pasar, no os detiene
la gracia de esa mujer!...

Pedro Romero y la Maja.

PED.—(Saliendo a su encuentro, y
tendiéndole gentilmente la capa.)

¡Pasa, reina sin corona,
y deja que como ofrenda
de cariño a tu persona,
al pasar, la capa extienda
para alfombra de ese pie,
ramillete de azucenas,
tan diminuto que apenas
si cuanto pisas se vel...)

LA MAJA.—(Deteniéndose graciosa-
mente ante la capa.)

¡Apártala de mi lado,
que si la piso al pasar,
sin querer voy a manchar
las sedas de su bordado!...
PED.—¡Sin temores adelanta
la gracia de tus chapines,
que ha de bordarla tu planta
de claveles y jazmines!...

¡Y sólo siento mi mal,
que para pie tan ligero,
esta capa de torero
no fuese un manto imperial!...

LA MAJA.—(Pasando.)
¡Tanto me lo has ponderado,
que me lo voy a creer!...
¡Adiós!...

(Queriendo marcharse.)

PED.—(Deteniéndola.)
Detente, mujer...
(Contemplando el ramo de rosas.)

¿En qué jardín has cortado
ese ramo tan fragante
de aterciopeladas hojas,
blancas como tu semblante
y como tus labios rojas?...
No sé, y en verdad lo digo,
viéndoos a la par tan hellas,
si tú te adornas con ellas
o ellas se adornan contigo...

¿Para quién esés primores
cortaste?... ¿Adónde vas,
rosal humano, que das
al par sonrisas y flores?...
Dime, ¿quiénes a las brisas
dan aromas más preciosas,
las rosas o tus sonrisas,
tus sonrisas o las rosas?...

LA MAJA.—¡Fros que vertiendo per-
|las

por los labios, sin cesar!...
¡Quiéni pudiera recogerlas
para formar un coliar!...
¡Bien dice el cantar que eres,
y de comprobarlo acabo,
tan gentil con las mujeres
como con los toros bravo!...

PED.—¿Me conoces?...

LA MAJA.—(Sonriendo.)

¡Qué salero!

¡Quién en esta villa y corte,
por la arrogancia del porte,
no conoce al gran Romero,
si todos tienen cansadas
las manos, y aun doloridas,
de aplaudir en las corridas
tus soberbias estocadas!...

PED.—Y tú, ¿quién eres?...

LA MAJA.—(Contontándose.)

¡Ya ves!...

¡Mi porte no te lo enseña?...

¡Una maja madrileña
de la cabeza a los pies!...

PED.—(Recreándose en su contempta-
plación.)

¡Viéndote con ese traje,
péñeta, chapín de raso,
la falda de medio paso
y la mantilla de encaje,
andando tan gentilmente,
con un aire de realeza,
tan gallarda la cabeza
y tan soberbia la frente,
asegurar no sé yo
si eres una maja escuiva
o alguna duquesa altiva
que de maja se vistió!...

LA MAJA.—¡Nadie adivina si soy
maja de rumbo o duquesa,
cuando por las tardes voy
encendida de placer
mirando a mi caleero,
a los toros, para ver
matar a Pedro Romero!

En Maravillas nací;
con los majos me crié,
y como entre ellos viví,
cer maja de rumbo sé...
Paso la vida sin penas:
y se deshojan mis días
cantando en las romerías
y bailando en las verbenas,
sin apuros ni trabajos,
entre dimes y diretes,
burlando a los petimetres
y enamorando a los majos...
Horrada y libre a la par...
Pues ¡ay de aquel que se atreva
mis decors a ultrajar,
que siempre por algo lleva
con orgullo soberano,
como defensa, la maja
el abanico en la mano
y en la liga la navaja!...

*Dichos, don Francisco de Goya y don
Manuel María Ruiz de Villanueva,
que salen conversando, de la ermita.
Goya, en traje de corte.*

PED.—(Saludándolo.)

¡Don Francisco!...

GOYA.—¡Que Dios guarde
al rey de la torería!...

VILL.—(Repáranlo en la maja, y di-
rigiéndose a Pedro Romero.)

¡Vive el cielo, que esta tarde
tienes buena compañía!...

GOYA.—(Mirando a la Maja.)

¡Por ley de Naturaleza,
busca al valor la belleza
y a la belleza el valor!...

VILL.—(Con malicia, dándole un gol-
pe en el hombro a Pedro Romero.)

¡Buena pareja, tunante!...

PED.—(A Goya.)

¿Qué tal la Maja?...

GOYA.—(Contemplándola.)

¡Por Cristo,
que mis ojos nunca han visto
hermosura semejante!...

VILL.—(Describiéndola con voluptuo-
sidad.)

Firme y amplia la cadera;
el busto altivo y lozano,
y la cintura hechicera

tan estrecha, que pudiera, abarcarse con la mano...
 Bajo el jubón que lo abrocha estalla de amor el seno; el rostro tiene morcno como la Virgen de Atocha; y entre su boca florida, panel de besos y mieles, la sonrisa es una herida desangrándose en claveles...
 Sus ojos ebrios de amor, se encienden bajo el negror alucinante del pelo...
(Volviéndose a Goya.)
 ¡Don Francisco, buen modelo para el cuadro de un pintor!...
 GOYA.—*(Que ha estado contemplando con ansiosa fijeza a la Maja, alzando de pronto la frente en un arranque de orgullo.)*
 ¡Belleza, divina joya que fuera varo oropel si no existiera el pincel de don Francisco de Goya!...
(A la Maja, con los ojos llameantes de entusiasmo.)
 ¡En esta tarde tan pura tu gloria será completa, que en un lienzo, tu figura hará inmortal mi paleta!...
 ¡Y así, tu belleza extraña para siempre ha de quedar como el más bello ejemplo de las mujeres de España!...
 PED.—¡Brava idea!
 VILL.—¡La suscribo!...
 GOYA.—*(A la Maja.)*
 ¡Retratarte dejarás?...
 LA MAJA.—*(Con alegría.)*
 ¡Bueno!... Mas ¡Por Cristo vivo, que no me requiebren más, que me enciendo de rubor, y escuchar al par no quiero los requiebros de un torero, de un abate y de un pintor!...
(Intenta escapar por la derecha. Goya la detiene.)
 ¡Tengo prisa!...
(Dirigiéndose a los jardines.)
 PED.—¿Dónde vas?...
 GOYA.—*(Deteniéndola.)*
 Al otro lado del puente, en mi quinta, impaciente, mañana te aguardo... ¿Irás?...

LA MAJA.—*(Desde el arco de la verja, poniendo la cruz con los dedos.)*
 ¡Os lo juro, por el cielo!...
 al pensar que voy a ser de un cuadro vuestro, modelo!...
(Desapareciendo.)

Goya, el Abate Vilanueva y Pedro Romero.

PED.—*(Señalando al sitio por donde ha desaparecido la Maja.)*
 ¡Con un modelo tal se corre un peligro!...
 GOYA.—¿Cuál?
 PED.—*(Con malicia.)*
 ¡Que acabe, señor pintor, por rubricar el amor la pincelada final!...
 GOYA.—*(Con risa forzada.)*
 ¡Amor!... ¡No tengas cuidado!...
 ¡Con tal rigor me ha tratado, que hoy de sus sañas me vengo, y en el corazón lo tengo con siete llaves cerrado!...
 VILL.—Mañosa es su fantasía, y puede el amor un día escapar de su prisión...
 GOYA.—*(Rucamente.)*
 ¡Para escaparse, tendría que romperse el corazón!...
(Pequeña pausa. Se sientan bajo el emparrado. Empieza a declinar la tarde.)
 PED.—*(A Goya.)*
 ¡Con la mujer siempre fuisteis buen cazador!... Nadie iguala la fortuna que tuvisteis, que donde el ojo pusisteis allí clavásteis la bala!
 GOYA.—*(Con serda tristeza.)*
 Mas, ¡ay!... Alguna logró con tal tino rebotar, que en mi pecho se clavó... y aun no he podido cerrar la herida que me causó!...
(Con amarga sonrisa.)
 ¡Y de amores tan felices en mi corazón quedaron más heridas y raíces que en tu cuerpo cicatrices los bravos toros dejaron!...
(Otra pequeña, pausa durante la cual

Goya permanece con la cabeza entre las manos, de codos en la mesa.)

VILL.—(Rompiendo confidencialmente el silencio.)

La luz se va... ¡Todo en calma!...

No se escucha ni un gorjeo...

¡Yace dormido el deseo en lo profundo del alma!...

(*Insimante, a Goya.*)

¡Ese templo solitario;

la sombra que lenta viene, y hasta este lugar, que tiene algo de confesonario,

son como una invitación para hacer la confesión,

todo aroma y todo seda, que sube al labio, en voz queda,

del fondo del corazón!...

Don Francisco, sin rubores,

confesad a nuestro oído...

De todos vuestros amores,

el más grande, ¿cuál ha sido?...

(*Goya permanece un instante perplejo, sin atreverse a responder.*)

¡Decid!...

GOYA.—(*Alzando lentamente la cabeza.*)

¡Callad, por favor!...

VILL.—(*Insistiendo.*)

¡El mayor de vuestra vida!...

GOYA.—Siempre en cuestiones de amor, el último es el mayor...

¡porque aun nos duele la herida!...

VILL.—¡Confesad!...

(*En voz baja.*)

¡Es la duquesa?...

GOYA.—(*Fieramente.*)

¡Su nombre no pronunciad, porque en su dulzura expresa tanta y tanta santidad,

creando tales maravillas

y esparciendo tal consuelo,

que aun los ángeles del cielo

lo pronuncian de rodillas!...

(*Queda un momento abatido bajo la pesadumbre de sus recuerdos.*)

VILL.—¿Tanto la amasteis?...

GOYA.—(*Como si evocase un bello sueño desvanecido.*)

Vivía sin esperanza y sin fe, una vida tan baldía,

que hasta pintar olvidé;

fatigado de luchar,

como un inútil navío que a las orillas del mar se está pudriendo de hastío...

Una tarde, por el Prado mis cansancios paseaba,

y a solas, triste, pensaba en mi estudio abandonado,

en mis tristezas hurañas y en mis marchitcs laurcles,

y hasta en mis rotos pinceles cubiertos de telarañas,

cuando a mi lado pasó una dama, y al acaso,

junto a mis plantas cayó su abanico de oro y raso...

A cogerle me incliné; y al devolvérselo, vi

tal belleza, que no sé como a tierra no caí,

¡pues con su luz me cegué!...

Detuvo la dama el paso junto a una fuente sonora,

y deslumbrando mi ocaío con el fulgor de la aurora que en sus ojos se retrata,

murmuró:—y era su acento como el suspirar del viento entre jazmines de plata:—

—Aunque pobre, este abanico fuese más noble y más rico

que la más preciosa joya, si le diera valor el

maravilloso pincel de don Francisco de Goya.

¡Y sentí en aquel segundo tan divina exaltación,

cual si toda la pasión y todo el amor del mundo

llenase mi corazón!

Le esclavicé mi alma entera, y en sus manos amorosas

fué mi vida ártiva y fiera, como indómita pantera encadenada entre rosas!

Viví una existencia aparte, fuera del mundo real,

y alas presté a mi ideal, para hacer digno mi arte de su belleza inmortal...

¡Mi musa y mi amante fué!...

¡Sufrí todos los dolores, y al par todos los amores en sus amores gocé!...

¡Con tal frenesí la amé,

qué á veces, en los anhelos
de mi alma enloquecida,
pensé quitarme la vida
para no morir de celos...
¡La misma muerte envidiosa
no apagará esta pasión,
que si ella es polvo en la fosa
aun vive en mi corazón!
(Momentos de silencio y de emoción,
en el que todos aparecen estremecidos
por una saudade infinita.)

VILL.—(Con voz trémula.)
¡Perdonadme!... Pero quiero
una duda destruir...
¿Es cierto que ella, al morir,
os dejó por heredero?...
GOYA.—(Con fiereza.)
¡Así á mi orgullo afrenté!...
¡Pero mi orgullo violento,
sin leerlo, el testamento
en su palacio rasgó!
Y viendo rotos los lazos
que á mi ardor pusiera tasa,
á las gentes de su casa
les arrojé los pedazos!
(Cambiando de tono, con la voz des-
hecha en lágrimas.)

Y la noche de aquel día,
para ornar su sepultura
de flores, ¡con amargura
vendió la pobreza mía
el marco de pedrería
de esta rica miniatura!...
(Saca del seno un pequeño medallón
y lo besa con religiosa ternura, enju-
gándose una lágrima con el dorso de la
mano. Las campanas de la ermita re-
pican las oraciones. Las sombras en-
vuelven la escena, y en el azul del
cielo empiezan a clarear las estrellas.)

PED.—Las horas son como instantes
con estas recordaciones...
(Queriendo levantarse.)
¡Nos vames?...

VILL.—(Deteniéndole con un gesto.)
¡Sí... pero antes
recemos las oraciones!
(Los tres se descubren y se persignan
y rezan, en voz baja, mientras conti-
núa el claro clamoreo de las campanas.
De súbito resuena en la derecha un
rumor de gritos y carreras.)

Dichos, la Maja, el capitán Moncey,
Fournier, Lebboná, majos y algunos
soldados franceses.

LA MAJA.—(Gritando dentro.)

¡Socorro!...

MON.—(Dentro.)*

¡Seguid a la moza,

y procurad darle caza!...

Si resiste, una mordaza,

¡y meterla en la carroza!...

(Por el arco de los jardines penetra
despavorida la Maja, perseguida por
algunos granaderos franceses.)

LA MAJA.—(Mirando en torno suyo.)

¡Socorro!... ¿No hay quién me ampa-
re?

¡Me persiguen los gabachos!... (re?...
(Los que rezan se levantan y acuden
a socorrerla. El mozo y algunas ma-
jos se asoman a la puerta de la boti-
llería.)

MON.—(Dentro.)

¡Que la carroza se pare!...

(Entrando y dirigiéndose a los fran-
ceses.)

¡Metedla en ella, muchachos!...

LA MAJA.—(Reconviniéndole.)

¡Deténlos, Pedro Romero,

y no los dejes pasar!...

PED.—(Cubriéndose con su cuerpo.)

¡Vive Dios, que va a encontrar
hermosa vaina mi acero!

(Tira del cuchillo. Los majos lo imi-
tan, y todos se disponen a acometer a
los franceses.)

GOYA.—(Con voz de trueno, interpo-
niéndose entre los dos bandos.)

¡Quietos todos!

(A la Maja, que se ampara en Pedro
Romero.)

¡Qué ha pasado?

LA MAJA.—¡Me quieren amordazar,

para por fuerza lograr

lo que no obtienen por grado!...

¡Me atacaron a traición,

que si no!...

GOYA.—(Dirigiéndose a Moncey.)

Décidme, ¿es

digna tan infame acción

de un caballero francés?

MON.—(Con énfasis.)

¡Capitán!...

GOYA.—Pues, capitán,
un proceder tan villano
en francés y en castellano
un nombre tiene: ¡Rufián!...

MON.—*(Desnudando la espada.)*

¡Al punto vuestra osadía
sabrá castigar mi espada!...

GOYA.—*(Tirando de la suya.)*

Mas no contáis con la mía...

MON.—*(Conteniendo a los granderos
que se disponen a atacar.)*

¡Muchachos, no temed nada!

(Señalando a Goya.)

Tres golpes: uno al sombrero,
otro al brazo, y al tercero
ile atravieso el corazón!...

GOYA.—Por mi parte has de tener
con uno solo bastante:

¡Una marca en el semblante,
de tu infame proceder!...

¡No os mataré, vive Dios,
que si mi acero os matara
fuera mucha honra para
un cobarde como vos!...

*(Se acometen en medio del silencio y
de la expectación de todos.)*

MON.—*(Tirándole una estocada.)*

¡La primera!...

GOYA.—*(Parando.)*

¡Os ha fallido!...

MON.—*(Reptitiendo.)*

¡La segunda!...

GOYA.—*(Parando.)*

¡También esa!...

MON.—*(Ciego de ira, dándole un
tercer golpe.)*

¡La última!...

GOYA.—*(Parando con serenidad.)*

¡Vuestra promesa,
capitán, no habéis cumplido!...

¡La mía?... ¡Desde este instante
podéis darla por cumplida!...

(Arremetiéndole.)

¡Cuchillada!...

*(Le acuchilla el rostro. El capitán de-
ja caer la espada.)*

¡En esta vida
no ha de ornar vuestro semblante
otra mejor dibujada!...

¡Guardadla como una joya,
porque esa cuchillada

os la ha trazado la espada
de don Francisco de Goya!...

*(Saluda cremoniosamente a Morrey,
mientras desciende el telón.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO-

Interior modesto pero ordenado y limpio, donde la disposición de todas las cosas revela el cuidado y el esmero de unas bellas manos de mujer. Al fondo, una puerta. A la izquierda, en primer término, un altar con la Cruz de Mayo, resplandeciente de joyas y de cirios y desbordante de flores. En el segundo término, otra puerta. A la derecha, un balcón abierto, con tiestos de claveles y albahaca, por cuyo hueco penetra la luz gloriosa y tibia de una mañana de Mayo.

La Maja y Benita Pastrana, enlazadas del tallo y conversando cerca del balcón.

LA MAJA.—(Con ternura.)

¡Y le quieres mucho?...

BEN.—(Con pasión.)

¡Tanto

como a mi padre y aun más!...

(Bajando la voz y amparándose en la Maja.)

¡Escucha y comprenderás los motivos de este llanto que venciendo mis sonrojos y en amargura deshecho, se desborda por los ojos porque no cabe en mi pecho!...

(Estalla en llanto.)

LA MAJA.—(Acariaciéndola maternalmente.)

¡Cálmate, niña, y répara que ningún hombre merece

ese llanto que entristece

la hermosura de tu cara!...

(Sentándola sobre un arcón y tomando entre las suyas las trémulas manos de la gimiente.)

¡Desahoga tu pesar, y cuenta lo sucedido!...

BEN.—(Entre sollozos.)

¡Que esta noche no ha venido la Santa Cruz a velar!...

¡Y algo grave sucedió, pues esta es la vez primera en que su amor no cumpliera la palabra que me dió!...

LA MAJA.—(Tranquilizándola.)

¡Razones debió tener que ahora tu dolor no alcanza!...

BEN.—(Con angustia infantil.)

Mas su deber...

LA MAJA.—(Severamente.)

¡El deber

de un soldado es la ordenanza!...

¡Y más en estos instantes
de peligro y de ansiedad,
cuando a nuestra libertad
amenazan, arrogantes,
con los más duros castigos,
esos gabachos traidores,
que aunque entraron como amigos
quieren trocarse en señores!...

BEN.—(Con desconsuelo.)

¡Eso aumenta mi pesar,
que el pueblo está alborotado;
y temo que ande mezclado
en la inquietud popular!...

¡Por no ver su enseña rota
la vida diera feliz,
porque nadie a patriota
le gana al teniente Ruiz!...

LA MAJA.—¿Y eso te apena?... Alta-
alza la frente de orgullo... (nera)

¡Si yo un amante tuviera
tan bizarro como el tuyo
para la lucha bravia

contra extranjeros tiranos,
yo misma colocaría
el fusil entre sus manos,
gritándole con furor:

¡Vuela, a luchar por España!...

¡Si mueres en la campaña,
sabrá vengarte mi amor!...
(Alzando entre sus manos la cabeza de
Benita.) Esas lágrimas inmola

y alza altiva la cabeza...

¿En dónde está la fiera
de mujer española?...

(Quedan un instante abrazadas.)

BEN.—(Culmando su angustia en los
brazos de su amiga.)

¡Es verdad!... ¡Tienes razón!...

(De súbito rasga el silencio de la calle
un vibrante clamor de clarines. Las ami-
gas se estremecen.)

Pero, ¿qué algazara es esa?...

LA MAJA.—(Asomándose al balcón.)

¡Una patrulla francesa
que pasa bajo el balcón!...

(Las dos se asoman. El rumor se va ale-
jando.)

¡Mira qué arrogantes van
los soldados de esa grey!...

¡Por su porte y su ademán
cada uno créese un rey!...

¡De ira nuestra sangre encienden
con tanta baladronada,
y ultrajan con la mirada,

y con la sonrisa ofenden!...

(Permanecen un instante silenciosas, de
bruces en el balcón mientras se pierden
a lo lejos los últimos rumores de la pa-
trulla.)

Ya se disipó la nube...

(Dando de pronto un grito de júbilo.)

¡Alza, Benita, la frente,
que se acerca tu teniente!...

¡Míralo!... ¡En tu busca sale!...

(Benita se inclina en el balcón.)

¡Tal inquietud le exaspera,

y camina tan de prisa,
que no se paró siquiera
ni a recoger tu sonrisa!...

(Las dos se dirigen en un júbilo de ri-
sas, hacia la puerta del fondo.)

Dichos y el teniente don Jacinto Ruiz
de Mendoza, que entra precipitadamen-
te, dando muestras de una viva agitación

RUIZ.—(A la Maja, sin reparar en Be-
nita.) ¿Don Francisco?...

LA MAJA.—(Sonriente.)

Mas, ¿qué os pasa,
que al entrar no reparais
en esta flor que encontráis
esperándoos en mi casa?...

(Mostrándole a Benita.)

RUIZ.—(Volviéndose a Benita, y con-
templándola con ternura.)

¡Benita!...

BEN.—(Cayendo en sus brazos.)

¡Por fin viniste!...

(Con reproche infantil.)

¿Así has cumplido, cruel,

la palabra que me diste?...

RUIZ.—Me retuvo en el cuarte-
l la obligación militar,

porque se teme que estalle

en el cuarte l y en la calle,

la indignación popular,

contra el tirano extranjero

que, en su ambición ilusoria,

piensa uncir el león ibero

a su carroza de gloria!...

(Volviéndose bruscamente a la Maja.)

¡Mas no hay tiempo que perder,

que va a ser dura la prueba!...

¿Y Goya?...

LA MAJA.—Con Villanueva,
su amigo, al anochece

a esta morada llegó,
y al resplandor de esa luz,
velando la santa cruz
la noche entera pasó,
a la guitarra escuchando,
que entre sonrisas y flores
iba el silencio bordando
de alegres coplas de amores...
Con el abate ha salido;
mas poco debe tardar,
que esta tarde me ha ofrecido
mi retrato terminar...

(Con orgullosa satisfacción.)

¿Sabéis que soy su modelo?...

RUIZ.—¡Tú fortuna envidiará
una reina!...

(Sin poder contener su impaciencia.)

¡Vive el cielo!

que me urge verle!...

BEN.—(Señalando a la puerta del fondo,
donde aparecen don Francisco de Goya,
seguido de Pedro Romero.)
¡Aquí está!

Dichos, don Francisco de Goya y Pedro Romero.

PED.—(A las majas, señalando al teniente Ruiz.)

¡Buena compañía tenéis!...

RUIZ.—(A Goya, que penetra como absorto en sus pensamientos.)

¡Don Francisco!...

GOYA.—(Volviéndose.)

¿Quién me llama?...

(Reconociendo al teniente Ruiz, y estrechándole la mano.)

¡Teniente Ruiz! ¿qué queréis?...

RUIZ.—(Con gravedad.)

¡Es la patria, quien reclama
de vos ayuda y consejo!...

GOYA.—¡Mi vida a mi patria doy!...

¡Consejos no, que aun no soy
suficientemente viejo!...

¿Qué pasa?...

RUIZ.—Dicen que hoy
van a salir de Madrid
los Infantes...

GOYA.—Y ¡marchar
los dejan, sin protestar,
los bravos nietos del Cid?...

RUIZ.—¡Su partida hay que evitar!...

GOYA.—Sólo hay un medio...

RUIZ.—¿Cuál es?...

GOYA.—Es tan claro como el sol...

¡Luchar hasta que el francés
dome su orgullo a los pies
del heroísmo español!...

(Como dudando.)

Mas la noticia...

RUIZ.—¡No hay duda!...

¡La trama está bien trazada!...

¡En el cuartel, encerrada

la tropa, porque no acuda

con su aliento a dar ayuda

a la plebe desarmada!...

¡Y cuando el rugido inmenso

de nuestra cólera estalle,

al pobre pueblo indefenso

se le ametralla en la calle!...

GOYA.—Pero ¿y nuestros oficiales?...

RUIZ.—¡A la disciplina fieles

y a su patria desleales,

oirán, desde los cuarteles,

mientras rompen con sus manos

la espada, cómo por esas

calles las bombas francesas

van barriendo a sus hermanos!...

GOYA.—Y ¿contra orden tan cobarde
ninguno se rebeló?...

RUIZ.—(Con orgullo.)

¡Muy pocos: Daois y Velarde,

algún alférez... y yo!...

GOYA.—Y de mí ¿qué pretendéis?

RUIZ.—¡Que toda vuestra influencia

y vuestro talento, uséis

con la Junta de Regencia

para impedir que se alejen

los Infantes de Madrid!...

¡Y si eso os niegan, pedid

que libres las tropas dejen,

para que en fiera campaña,

dando su sangre y su vida,

se opongan a la salida

de los Infantes de España!

GOYA.—(Con enérgica resolución.)

¡Esa marcha hay que impedir!...

Para ello a la Junta voy,

¡y yo os juro, por quien soy,

que la Junta me ha de oír!...

¡Y si mi lenguaje osado

no les logra convencer,

me tendréis a vuestro lado

para morir o vencer!...

(Sale por la puerta del fondo, seguido del teniente Ruiz.)

BEN.—(Deteniendo al teniente en la

puerta, con voz baja y rápida.)
¡Piensa en mí y el riesgo evita!...
¿Vendrás a verme?...
RUIZ.—¡A las dos!...
¡Y si no acudo a la cita
encomienda mi alma a Dios!...
(Sale precipitadamente, tras de Goya.)

La Maja, Benita Pastrana y Pedro Romero.

BEN.—(Con las manos juntas, dirigiéndose a Pedro Romero.)
¡Noble amigo, por favor,
te lo pide mi alma entera!...
¡No abandones a mi amor
en la lucha que le espera!...
¡No te apartes de su lado!...
¡Refrena su ímpetu ardiente!...
PED.—¿Quién pone freno al torrente
cuando ruga desbordado?
(Acercándose a las dos.)
¡Tú no sabes cómo están
los ánimos!... Madrid es
como el cráter de un volcán
que arde bajo vuestros pies,
¡Por todas partes corren:
puños que se alzan crispados;
es recejos arrugados;
y ojos que son cual cubillos
por la venganza afilados!
¡Congestionas de furor
en rostros que de terror
espantan a quien los mira,
y espumarajos de ira
en los labios del rencor!...
¡Se habla bajo!... Entre las gentes
pasan silencios ariscos
como ráfagas ardientes,
y las frases son mordiscos
que sangran entre los dientes...
¡No sonríen las manolas!...
¡Y se adivina, en las fajas
y en las capas españolas,
que se rechinan navajas
y se amartillan pistolas!...
¡Madrid todo es un barril
de seca pólvora!... Nada;
una chispa, arrebatada
por el viento, de un candil,
el fuego de una mirada,
lo pueden hacer saltar...
¡Y como estalle la hoguera,

de Madrid no ha de quedar
ni las cenizas siquiera!...
LA MAJA.—(Asomándose al balcón, al
escuchar el lejano clamor de las campanas.)
¡Escuchad qué raudo estruendo
de campanas en la brisa!...
(Todos atienden al clamor.)
¡No es que repican a misa!...
¡A rebato están tañendo!...
PED.—(Tercándose la capa.)
¡Ya va a empezar la jarana!...
¡Voy a jugarme la vida
en la espléndida corrida
que pregoná esa campana!...
LA MAJA.—(Viéndole dispuesto a marchar.)
¡Que la Virgen te dé suerte!...
PED.—¡Por mí no tened cuidado,
que estoy bien acostumbrado
a burlarme de la muerte!...
¡Y con soltura y aplomo,
en este sangriento drama
jugaré con ella como
con un toro del Jarama!...
(Saluda gentilmente y se va por el foro.)

La Maja y Benita Pastrana.

BEN.—(Tendiendo los brazos al cielo en
una fervorosa imploración.)
¡Oh, Virgen de Atocha, ampara
a tu pueblo y a mi amor!...
LA MAJA.—(Escuchando, desde el balcón,
cómo acrece el clamoreo de las campanas,
que tocan a rebato.)
¡Cada vez más fuerte y clara
la campana su clamor
de plata vierte en la brisa,
y repica tan ligera,
y clama con tanta prisa
cual si socorro pidiera!...
¡Otra gimé más cercana,
y otra, a lo lejos, implora;
¡y toda la angustia humana
lágrimas de bronce llora!...
Un escándalo de oro
de otro campanario asciende,
y el clamor raudo y sonoro
por todo Madrid se extiende,
rápido, terco y fatal,
propagándose en el viento
cual ráfagas de un violento
ronco incendio de metal...

¡Y aunque es doliente su son,
y llantos de angustia vierte,
no son campanas de muerte,
sino de Resurrección!...

Pues cada queja sonora
va clamando, bajo el sol:
—¡Despierta, pueblo español,
que ya ha sonado tu hora!...

¡Vuela a la lid!...
¡La victoria,
trémula de amor, te espera
dormida, bajo la gloria
inmortal de tu bandera!...

BEN.—(Orando.)
¡Santa Madre del Señor,
no abandones en la lucha
a tus hijos!...

LA MAJA.—(Ebria de entusiasmo, arras-
trando a Benita hacia el balcón.)

¡Ven, y escucha
el ronco y sordo rumor
de la furia popular
que a lo lejos clamorea,
cual la indómica marea
siempre creciente de un mar
que en rabiosa convulsión
hierva, se estremece y ruge
revuelto, bajo el empuje
de las alas de un ciclón!...

Y ese embravecido estruendo
de imprecaciones lejanas,
parece que está diciendo
al clamor de las campanas:

—¡No es preciso vuestro alerta,
para asombrar a la historia!...
¡Campanas, tocad a Gloria,
que el pueblo español despierta!...
(Una sorda gritaría irrumpe en la calle.)
Los dos amigos se inclinan para ver.)

BEN.—(Temblando.)
¡Ve a Malasaña!... Ligero
corre calle abajo, y tapa
en los pliegues de la capa
su trabuco naranjero!

¡Y en confusa gritaría,
siguen, corriendo, sus huellas,
desmelenadas doncellas,
ancianos de faz sombría
y enronquecidos muchachos!...

(Pequeña pausa. La gritaría se pierde a
lo lejos. La Maja, como arrastrada por
una fuerza interior, se aparta del balcón
y se dirige a la puerta. Benita la detie-

ne, interrogándola con ingenuidad, su-
jetándola por las manos.)

¡Adónde va Malasaña?...

LA MAJA.—[Sin duda a cazar gaba-
(chos,

que abundan mucho en España!...
(Corre hacia la puerta, desasiéndose de
Benita.)

BEN.—(Reteniéndola por la ropa.)

¡No me dejes sola!... ¡Ven!...
¡De miedo temblando estoy!...
¡Adónde vas?...

LA MAJA.—¡Yo también
a cazar gabachos voy!...
¡Suéltame!...

BEN.—(Abrazándose a ella.)

¡No!... ¡No te irás!...
¡Para escapar de mis brazos,
antes tendrás que arrancar
mi corazón a pedazos!...

(La Maja forcejea y se desprende de
Benita. Cuando va a salir penetran des-
paradidas por el fondo doña Josefina y
don Miguelito.)

Dichos, doña Josefina y don Miguelito

MIG.—(Deteniendo a la Maja y a Be-
nita, que sale también tras ella.)

¡¿Qué hacéis?... Esáis dementes!...

JOS.—(Emboscada de terror.)

¡Mueros venimos los dos!...

MIG.—(Jadeante.)

¡La sangre corre a torrentes
por esas calles de Dios!

JOS.—¡Oh, si vierais!... ¡Qué balumba
de gritos y maldiciones!...

MIG.—¿No escucháis cómo retumba
el eco de los cañones?...

(Se oye el lejano tronar de la metralla.)

¡El odio francés que estalla,
y en plena Puerta del Sol,
cobardemente umetralla
al heroísmo español!...

JOS.—(Temblando.)

¡Vengo sin hablar! ¡A mi lado
un chispero cayó herido,
y su sangre ha salpicado
las orlas de mi vestido!...

LA MAJA.—(Con ansiedad.)

¡Y el pueblo?

MIG.—¡De ira bramando,
en esta lucha cruel,

ni admite ni da cuartel,
 pues quiere morir matando!...
 ¡Y en su glorioso despecho,
 al hierro de la metralla,
 opone como muralla
 la desnudez de su pecho!...
 ¡Sin armas ni municiones,
 toma entre sus féreos brazos,
 a fuerzas de navajazos,
 por asalto los cañones!...
 Contra tanta bizarría
 del valiente pueblo hispano,
 cargó tres veces, en vano,
 la imperial caballería,
 que nuestros bravos chieperos,
 sin temores ni desmayos,
 desjarretaron caballos
 y mataron coraceros!...
 Y en tan rudas embestidas
 ¡cuántas manos cercenadas
 cayeron ensangrentadas
 por agarrarse a las bridas!...
 Y entre deshechos arcoses,
 por la sangre enrojecidos
 ¡cuántos soldados franceses
 y cuántos majos, heridos,
 tornan a herirse crueles,
 hasta morir abrazados
 bajo los cascos ferrados
 de encabritados corceles!...
 LA MAJA.—(Con profunda indignación.)
 ¡Y vos pudisteis mirar
 tal infamia, sin sentir
 el impulso de matar
 o el anhelo de morir!...
 ¡Quién cual vos, tranquilamente,
 contempla tales escenas,
 es porque correr no siente
 sangre española en sus venas!...
 MIG.—(Pálido de coraje.)
 ¡Si un majo de plante osara
 hab'arme con tanta mengua,
 acabar no le dejara
 sin arrancarle la lengua!...
 ¡Mas para desanzañarte
 te daré una prueba sola,
 y con ella he de mostrarte
 que tengo sangre española!...
 LA MAJA.—¡En la lucha está la prueba!

MIG.—(Disponiéndose a salir.)
 ¡A ella marchó decidido!...
 BEN.—(Desde la puerta.)
 ¡Silencio, que llega herido

el abate Villanueva!...
 (Todos se vuelven. En el umbral del fondo aparece el abate Villanueva sostenido por Pedro Romero y don Francisco de Goya.)

Dichos, don Francisco de Goya, Pedro Romero y el abate Villanueva.

GOYA.—(A la Maja.)
 ¡Pronto, un lecho preparado!...
 LA MAJA.—(Acercándose al abate, a quien Goya y Pedro Romero sientan sobre un arcon.)
 ¿Qué ha sido?...
 VILL.—(Sonriendo con indiferencia.)
 ¡No ha sido nada!...
 ¡Que el brazo me ha destrozado
 el casco de una granada!...
 Mas la culpa ha sido mía...
 (Doña Josefina y Benita penetran por la puerta de la izquierda.)
 PED.—(Mientras le vanda el brazo.)
 ¿Quién os manda, vive Dios,
 a un sacerdote cual vos
 meteros en tal porfía?...
 VILL.—¡Vi mi pueblo sucumbir,
 a mansalva asesinado,
 y en su ayuda quise ir
 para morir a su lado!...
 ¡Y si pierdo la existencia,
 tranquilo, la he de perder,
 pues me dice la conciencia
 que he cumplido mi deber!...
 LA MAJA.—(A Goya.)
 ¿Mas el pueblo?...
 GOYA.—¡Acribillado
 por los bores de metralla,
 dejó el campo de batalla
 de cadáveres sembrado!...
 Y al Parque corre a buscar
 cartuchos y municiones,
 y fusiles y cañones,
 para volver a empezar
 con más ahinco la lid!...
 BEN.—(Que había salido por la puerta de la izquierda, volviéndose a Goya, con ansiedad.) ¿Y el teniente?...
 GOYA.—¡Tu teniente?...
 ¡Luchando como un valiente
 por las calles de Madrid!...
 LA MAJA.—(Saliedo por la puerta de la izquierda, donde ha penetrado mo-

mentos antes. Doña Josefina la sigue.)

Ya puede entrar el herido...

¡Está el lecho!...

VILL.—(Levantándose sostenido por Pedro Romero.)

¡Premie el cielo,

hermosas majas, el celo

con que me habéis socorrido!...

(Se dirige hacia la puerta, sostenido por Goya y Pedro Romero, mientras resueñan en la calle los gritos ululantes de la multitud.)

VOCES.—(Fuera.)

¡Al Parque! ¡Al Parque!... ¡A buscar los cañones!... ¡Viva España!...

(La Maja, Benita Pastrana y Don Miguelito se agolpan al balcón. Doña Josefina permanece temblando al pie del altar. Goya, Villanueva y Pedro Romero se detienen en el umbral de la izquierda.)

LA MAJA.—(Desde el balcón.)

¡Con Velarde y Malasaña

mirad las turbas pasar,

roncas de vitorear

el santo nombre de España!...

¡Y de los grupos al frente,

en actitud noble y fiera,

ve, Benita, a tu teniente,

desplegando la bandera!...

MIG.—(Altivamente, dirigiéndose a la Maja.)

¡De cobarde sin motivo,
hace poco me tachaste!...

¡Mas te juro, por Dios vivo,

que al hacerlo te engañaste!...

Me marche con esas gentes

al Parque, y te probaré

que yo también morir sé

como mueren los valientes!...

JOS.—(Queriendo detenerle.)

¡No te marches, por favor!...

MIG.—La vida a mi patria doy...

¡En el Parque está mi honor,

y al Parque, a cobrarle voy!...

(Doña Josefina cae de rodillas ante la cruz.)

BEN.—(Como una poseída, corriendo tras de Don Miguelito.)

¡Al Parque, tras de mi amor!...

GOYA.—(Queriendo detenerlas.)

¿Dónde vais?...

LA MAJA.—(Con ímpetu.)

¿Adónde ir?...

¡Con Velarde y Malasaña,

vamos al Parque, a morir

por la libertad de España!...

(Salen los tres por el fondo, mientras

Goya y Pedro Romero sostienen al herido,

en el umbral de la izquierda, y

Doña Josefina, con las manos en cruz,

permanece arrodillada al pie del altar.)

(Telón rápido.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

El parque de Monteleón. Al fondo, el gran arco de la puerta principal, por cuyo hueco ha de verse la sangrienta epopeya de la calle. Sobre el arco ondula majestuosamente en la gloria solar, desgarrada por las balas, una bandera de España. A la izquierda, dos puertas. A la derecha, la entrada de una escalera que da acceso a los departamentos superiores. Cañones, fusiles y bayonetas esparcidos por la escena. Al alzarse el telón, aparecen grupos de chisperos y de soldados, descansando del combate, con los rostros y las manos emnegrecidos por la pólvora. Algunos reposan sobre las cureñas de los cañones, y otros, bajo el arco de la puerta y en los peldaños de la escalera. Las majas, junto a la puerta de la izquierda, vendan a los heridos y dan de beber a los sedientos. Cuadro de una gran animación y movimiento que refleje en todos sus detalles la exaltación gloriosa de la lucha.

La Maja, Benita Pastrana, Manuela Malasaña, Don Miguelito, Juan Malasaña, Cosme Mora, Antonio Mosquera, majas, chisperos y soldados.

MOS.—(Sentándose en una cureña.)

¡El enemigo se aleja!...

MIG.—(Sentándose a su lado.)

¡Breve la tregua ha de ser!...

MAL.—¡Y menos mal, si nos deja ocasión para beber,

que en dos horas de combate,

sin respiro y sin paradas,

tenemos seco el gizonte

y las bocas abrasadas;

y están los bravos chisperos

y los valientes soldados

de pólvora tan tiznados,

que parecen carboneros!...

(Reparando en Don Miguelito.)

¿Qué le pasa al lechuguino?...

MOS.—(Riendo.)

¡Que tiene rotos los dientes

de morder cartuchos!...

MAL.—(A las majas.)

¡Vino,

majas, para estos valientes,

que el vino quita las penas!...

¡Y habrá más de uno, que herido,

se lo beba confundido

con la sangre de sus venas!...

LA MAJA.—(Acercándose, acompañada de Manuela Malasaña, con sendas botas de vino que corren de mano en mano.)

¡Bebed sin tasa!...

(Reparando en Don Miguelito.)

¡Por Cristo,

Don Miguelito, que he visto

que os cultáis, y daros quiero

por ello satisfacción,

un corazón de león

bajo una piel de cordero!...

(Le estrecha la mano. Manuela Malasaña se sienta al lado de su padre, abrazándose a su cuello. Cosme Mora se aproxima.)

COS.—(Con desaliento.)

¡No quedan para poder

la lucha continuar,

ni fusiles que empuñar

ni cartuchos que morder!...

MAN.—(Alzándose.)

¡Por tan cobarde razón

no ha de cesar la batalla!...

¡Qué importa que armas no haya

si nos sobra corazón!...

COS.—(Sonriendo tristemente.)

Sin armas con que reñir,
el corazón, ¿qué va a hacer?

LA MAJA.—(Con impetu.)

¡No sirve para vencer,
mas basta para morir!...

MOS.—¡Dura ha sido la refriega!...

MAL.—Seis veces arremetieron
con rabia indomable y ciega,
mas otras tantas tuvieron
que retroceder, vencidos,
en fuga desordenada...

¡Y la calle está sembrada
de cadáveres y heridos!...

MIG.—Mas ¡ay! también en la lid
contra el bárbaro opresor,
ha caído lo mejor
de los majos de Madrid...

¡Y a torrentes desbordada,
sin que el odio al fin se borre,
la sangre española corre
con la francesa mezclada!...

Parece que, sin querer
confundirse en tales ligas,
¡las dos sangres enemigas
aún combaten al correr!...

LA MAJA.—Mas ¿qué importa que a
[torrentes

nuestra sangre haya corrido;
ni los majos que han caído
luchando como valientes,
si aún sobre el parque tremola,
vibrando al viento sonoro,
el sol de púrpura y oro
de la bandera española?...
(Señalando la enseña que, desgarrada
por las balas, ondula sobre la puerta del
parque.)

¡Contempláda despiegada,
altiva al viento flotar,
por las balas desgarrada,
orgullosa de mostrar
eternamente a la historia,
entre torres y leones,
sus sangrientos desgarrones,
cual cicatrices de gloria!...
¡Santa bandera de España,
que a toda vileza extraña,
en medio de los clamores
de invencibles paladines,
entre un trueno de clarines
y un redoble de tambores;
desplegada, en son de guerra,
todo el mundo atravesaste,
y, cuando mezquina hallaste

para tu ambición la tierra,
en tu generoso anhelo
subiste al azul del cielo,
queriendo, altiva, encerrar
entre tus pliegues el sol,
para poder alumbrar
todo el imperio español!...
¡Tú eres, gloriosa bandera
norte y luz de nuestros ojos;
el altar donde de hinojos
rezamos por vez primera;
el regazo maternal
a cuya tibia ilusión
se abrió nuestro corazón
como si fuera un rosa!;
y la cruz, severa y pura,
que con sus brazos abiertos
protege la sepultura
donde yacen nuestros muertos!...

¡Por eso, al verte pasar,
entre las aclamaciones
y el estruendo militar
de los rudos batallones,
sentimos que por encanto
un ¡viva! a los labios sube,
y en los ojos una nube
que quiere estallar en llanto;
y hasta el corazón se para,
y se nos doblan las dos
rodillas, cual si pasará
la imagen viva de Dios!...
¡Contemplad cómo fulgura
su gloria al viento!... Parece
que de orgullo se estremece,
y a nuestro valor murmura:

—¡Sed, cual los bravos caudillos
que ilustraron mis blasones:
¡para resistir, castillos;
y para atacar, leones!...

(Volviéndose impetuosamente a todos)

¡Jurad, con el alma entera,
que jamás planta extranjera
ha de ollar la tierra santa
donde, altiva, se levanta
nuestra gloriosa bandera!...

¡La vida por ella dad,
que entre sus pliegues morir
es lo mismo que vivir
para la inmortalidad!...

(Todos tienden los brazos, en un cla-
mor frenético, hacia la bandera.)

TODOS.—¡Viva España!...

Dichos y el teniente Ruiz que penetra por el fondo, con la espada desnuda.

RUIZ.—¡La pelea

de nuevo vuelve a empezar!...

BEN.—(Corriendo a sus brazos.)

¡Jacinto!...

RUIZ.—(Dolorosamente sorprendido.)

¡Qué loca idea

la de venirme a buscar!...

BEN.—(Con ternura.)

¡Perdóname!... ¡No he podido

esta iniquidad resistir

y aquí, a tu lado he venido

para vencer o morir!...

¡No amenguaré tu valor!...

¡Si te es adversa la suerte,

para que venga tu muerte,

Dios dará fuerza a mi amor!...

RUIZ.—(A los majos que les rodean.)

Les acaban de llegar

refuerzos a los franceses,

y los pasados reveses

se aprestan a castigar.

¡Tienen las calles tomadas

por lucidos escuadrones,

y hacia esta puerta enfiladas

las bocas de los cañones!

¡Por todas partes cercados

estamos, por los soldados

del dominador de Europa!...

¡No esperéis que nadie acuda,

que, acuartelada, la tropa,

no puede darnos ayuda!...

Solos vamos a luchar!...

¡Imposible es la victoria;

pero ya que no triunfar,

sepamos morir con gloria!...

(Tomando una bandera y agitándola al

viento.) ¡Vuelve en mi mano a lucir

nuestra gloriosa bandera,

y que me siga el que quiera

entre sus pliegues morir!...

MAL.—¡Todos, con la frente erguida,

como leones luchando,

por España y por Fernando

sabremos perder la vida!

MIG.—La muerte no nos ataja!...

¡Qué orgullo para el que muera

sirviéndole de mortaja

las glorias de esa bandera!...

RUIZ.—¡A las armas!... ¡Y yo espero

que dé vuestra bizzarria

a España un glorioso día

y un ejemplo al mundo entero!...

MIG.—(Saliendo con los chisperos y los majos, que cercan al teniente Ruiz.)

¡Qué importa la negra suerte

que hoy en vencernos se ensaña,

si al grito de ¡viva España!

vamos a entrar en la muerte!...

(Salen por el foro, mientras resuenan a lo lejos los clarines franceses anunciando el ataque.)

MAN.—(A las majas.)

¡Por qué suspensas estais?

(Resuena una descarga.)

¡El combate ya ha empezado!...

(Todos se dirigen al fondo.)

MAL.—(Deteniéndose.)

Muchachas, ¿adónde vais?...

LA MAJA.—¡A luchar a vuestro lado,

para que mire esa grey

cómo mueren en la lid

las mujeres de Madrid

por su patria y por su rey!...

(Resuenan nuevas descargas. Por el hueco del arco, entre el polvo y el humo, se advierte con toda su grandeza la gloriosa epopeya de la calle. El tío Malasaña desaparece entre los combatientes. El grupo de majas se detiene un momento en el centro de la escena.)

Dichos, don Miguelito, y después el teniente Ruiz.

MIG.—(Que penetra, con el fusil roto, dirigiéndose a las majas.)

¡Huid, que todo se ha perdido!...

¡Al pie de nuestros cañones

Dacoz y Velarde han caído

luchando como leones!

(Las mujeres gritan. Don Miguelito toma un nuevo fusil y sale, encontrándose en la puerta con el teniente Ruiz.)

RUIZ.—(Desde el arco, transfigurado por el heroísmo, con la espada en la diestra y una tea llameante en la otra mano.)

¡A paso de carga sube

por la calle un batallón!...

¡Pronto arrastrad un cañón,

que él disparará la nube

que nos está amenazando!...

(La Maja, Manuela Malasaña, Benita

Pastrana y otra maja, lividas y desgredadas, empujan un cañón hacia el hueco de la puerta. Cuando el teniente Ruiz va a aplicar la mecha, una nueva descarga le hace rodar por tierra. Benita Pastrana lanza un grito y corre a ampararlo.)

LA MAJA.—(Queriendo incorporarle.)
¿Qué es eso, teniente?... ¡Arriba!...
(Algunos majos se acercan a socorrerte.)

RUIZ.—(A los hombres.)
¡Muchachos, seguid luchando!...
¡Viva España!...
(Se desploma desmayado en brazos de Benita.)

TODOS.—¡Viva!... ¡Viva!...
(Por el fondo de la calle se ven los morriones de los granaderos franceses.)

LA MAJA.—(Contemplando un instante al teniente Ruiz, sobre cuyo cuerpo inanimado solloza Benita Pastrana.)
¡Oh, alma temeraria y fiera,
que vencida por la suerte
caíste al pie de tu bandera!...

¡Yo sabré vengar tu muerte!...
(En un arranque de fiera, arrebatando de la mano del teniente Ruiz la tea encendida. Los majos que se agrupan bajo el arco se apartan y a lo lejos, en el fondo de la calle, se ven las avanzadas del ejército francés.)

¡Todo el odio que, encendido,
ruge en nuestro corazón,
en metralla convertido
derrama, viejo cañón,
sobre esa tropa arrogante
que con nosotros se ensaña!...
(Aplica la mecha al cañón. El cañón atruena, y entre el humo de la pólvora y el resplandor rojizo del disparo, se ve la figura trágica y bella de la Maja, señalando con la tea, aun humeante, el campo de batalla.)

¡Madrileños, adelante!...
¡Viva España!... ¡Viva España!...
(Entre los vivas ensordecedores de la multitud, desciende rápidamente el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Un claro del bosque en la Montaña del Principe Pio. Al fondo, tras el paisaje agreste que amortaja en un silencio trágico la oscuridad de la noche, la confusa y lejana silueta de la ciudad. A la izquierda el comienzo abrupto de un bosque. A la derecha, la tosca fachada de una casa rústica, en cuya puerta se tambalea simétricamente la luz rojiza de un farol.

El sargento Fournier y José Leblanc conversando en el primer término de la derecha. Un centinela en la puerta de la casa, y otro en el practicable del fondo.

FOU.—¡Si ha sido sangrienta y ruda

la revuelta popular,
el castigo fué, sin duda,
más duro y más ejemplar,
que hasta la noche está muda
de espanto, y de horror se asombra,
viendo la tragedia inmensa

que sus pavores condensa
en el pavor de su sombra!...
¡Cayó la turba, indefensa;
y entre las charcas del suelo
se ve la sangre humeante
como si en su desconsuelo
a Dios se quisiera alzar,
clamando venganza al cielo!...
¡Ya de tanto fusilar
a mansalva y en montones,
por esos verdes pensiles,
en las manos varoniles
se enrojecen los cañones
de nuestros viejos fusiles!...
¡Se cobra con avaricia,
y tal rigor, en verdad,
mucho más que a la justicia
se parece a la crueldad!...
¡Murat es altivo y fiero,
y en su amor a la matanza,
bien se advierte y bien se alcanza
que es hijo de un carnicero!...
LEB.—¡De él piedad no hay que esperar
que es duro su corazón!...
¡Con razón Napoleón
le eligió para domar
la altivez de esta nación!
¡Y su rigor no me extraña,
que en diez años de campaña
recorri la Europa entera,
y no hallé gente tan fiera
como la gente de España!...
¡Pues todo el que la luz ve
sobre esta tierra florida
de toros y autos de fe,
tanto ama la muerte, que
pierde, riendo, la vida!...
FOU.—¡Ayer se vió lo que era
esta raza altiva y fiera
que en la contienda bravia,
al expirar, sonreía
abrazada a su bandera!...
¡Cayeron como racimos,
con tal brío, que sentimos
por su suerte compasión,
y a veces de admiración
hasta el fuego suspendimos!...
¡Y sé de algún veterano
que, al ver estrellarse en vano
tantos heroicos arrojios,
con el dorso de la mano
llegó a enjugarse los ojos;
y tirando bruscamente
la mecha, dobló la frente,

prefiriendo así acabar
primero que disparar
contra un pueblo tan valiente!...
LEB.—¡Por ser tanto su valor
y tan grande su denuedo,
debemos con tal rigor
tratarle, que amanse el miedo
las furias de su rencor!...
FOU.—¡Mas es rigor singular,
propio sólo de las fieras
del desierto, el fusilar
a una mujer por llevar
en el seno unas tijeras!...
LEB.—¡Esa es la guerra!...
FOU.—¡Prefiero,
a fusilar trajicentro,
al noble pueblo español,
relampagueante el acero
bajo la gloria del sol
que nuestros triunfos pregona,
batir en Rusia cosacos,
o acuchillar austriacos
como en el puente de Ancona!...
¡Que así, si caigo en la empresa,
expiraré sin rubores,
envuelto en los tres colores
de la bandera francesa!...

Dichos y un soldado francés que penetra por el fondo.

SOLDADO.—(Cuadrándose ante Fournier.) ¡Sargento mayor!...
FOU.—(Volviéndose.) ¿Qué pasa?...
SOLDADO.—(Señalando al practicable del fondo.) ¡Nuevos presos!...
FOU.—Avisad al capitán y sacad a la puerta de esa casa cuatro sillas y una mesa...
¡Encended otra farola!...
(El soldado penetra en la casa a cumplir las órdenes.)
CENTINELA.—(Del fondo, a la patrulla que se acerca custodiando a la Maja, Benita Pastrana, Juon Malasana, el abate Villanueva, don Miquelito y algunos majos.)
¿Quién vive?
UN SOLDADO DE LA PATRULLA.—
¡Gente francesa!...
MAL.—(Con altivez.)
¡Y también gente española!...

¡Que no es justo, vive Dios,
que a la francesa nombréis
tan sólo, cuando sabéis
que venimos de las dos!...

*Dichos, la Maja, Benita Puertana, el
Abate Villanueva, Juan Malasaña, don
Miguelito y algunos majos, presos, cus-
todiados por una patrulla de granaderos,
mandada por un oficial, que avanza
hasta el centro de la escena.*

LEB.—(Imponiendo silencio a Malasaña.)

¡Silencio!... ¡No' hablad' tan fuerte!...

MAL.—(Con arrogancia.)

¡Si mi palabra os sofoca,
podéis sellar está boca
con el plomo de la muerte!...

VILL.—(Con serenidad.)

¡Callad, tío Malasaña!...

¡No es hora de discutir,
sino de saber morir
cuál nobles hijos de España,
sin rabias y sin enojos,
con profunda devoción,
en Dios clavados los ojos
y en la patria el corazón!...

*(Se hace un silencio profundo. Los sol-
dados colocan una mesa y cuatro sillas
en la puerta de la casa. En el umbral
aparecen el capitán Lafevre y dos oficia-
les, precedidos de un soldado con una
jarola, que coloca sobre la mesa. Los
soldados se cuadrán ante los oficiales.
El capitán Lafevre se sienta en el cen-
tro de la mesa, cercado de los oficiales.)*

*Dichos, el capitán Lafevre y dos ofi-
ciales.*

LAF.—(Al oficial que manda la patrulla.)

¡Que los reos se aproximen!...

¡Cuántos son?...

OFICIAL.—(Entregándole un rollo de
papel.) Siete...

Aquí están

pruebas que atestiguarán

la magnitud de su crimen...

*(El oficial, a una indicación del capi-
tán, se sienta a su lado. Los siete pri-
sioneros avanzan, colocándose ante la
mesa.)*

LAF.—(Después de hojear el proceso,
con voz grave y dura, a los prisione-
ros.) Se os acusa aquí de ser
reos de lesa traición...

VILL.—(Serenamente.)

¡Si es un crimen defender,
los fueros de la nación
que guarda, como trofeos,
las glorias de nuestras gentes,
todos los aquí presentes

de ese crimen somos reos!...

*(Nuevo silencio, durante el cual el
capitán vuelve a hojear el proceso, y
en oficial escribe.)*

LAF.—(Alzando la frente.)

A un sacerdote, llamado
el abate Villanueva,
se le acusa, con la prueba
testifical de un soldado,
de haber clavado su acero
al cuello de un coracero
que, caído del corcel,
próximo a morir, primero
quiso confesar con él!...

VILL.—(Adelantando un paso del
grupo.)

Es cierta la acusación;
mas una equivocación
mi memoria en ella advierte...

¡Primero le dí la muerte,
y después la absolución!

(Se vuelve al grupo.)

LAF.—(Leyendo.)

Un majo anciano, llamado
Juan Antonio Malasaña,
está también acusado
de haber en esta campaña,
por la espalda, asesinado
a un coracero francés!...

MAL.—(Interrumpiéndole.)

Ese testimonio miente

en todo, mi capitán, pues

no fué uno, fueron tres,

¡y los maté frente a frente!...

LAF.—(Volviéndose a leer.)

Otro: Miguel de Alarcón...

MIG.—(Interrumpiéndole, con to^{ta} la
cortesía de un petimetre.)

Permitidme: Don Miguel...

¡No me suprimáis el don,

que quiero morir con él!...

El fué la mejor herencia

que guardo de mis abuelos,
y si pierdo la existencia

quiero ir con don a los cielos.
LAF.—Pues bien, señor don Miguel de Alarcón, sois acusado de haberos visto inclinado, en la calle de Amaniel, sobre un oficial caído que se desangraba herido, con la intención de robarle...
MIG.—(Con fiereza.)
¡Mienten!... ¡No soy un ladrón!...
¡Me incliné para arrancarle mi espadín del corazón!...
¡Le tiré con tal anhejo, que después de atravesar su cuerpo, se fué a clavar aun más de un palmo en el suelo!...
¡No extrañad que su hoja fuera a un tiempo tan firme y rara, que ni al herir se curvara ni al clavarse se partiera, pues con bizarro denuedo torjaron sus férreos trazos, a fuerza de martillazos, sobre un yunque de Toledo!...
¡Pues lo mismo que es acero, que a nadie su temple inmoló, es el orgullo atanero de la firmeza española!...
LAF.—(Leyendo de nuevo.)
Benita Pastrana Albar.
Se le acusa de guardar escondida en su morada una bandera arrancada del Parque, y al intentar un registro, altiva y fiera, fuego a la casa prendió para salvar la bandera...
LA MAJA.—(Interumpiendo, en un arranque de generosidad, para salvar a su amiga.)
¡No fué ella!... ¡He sido yo!...
¡Yo fui culpable!... ¡Yo sola!...
¡Y el mundo entero quemara antes que un francés hollara la noble enseña española!...
LAF.—(Atajándola.)
¡Silencio!...
(Dirigiéndose a Benita Pastrana.)
¡Que la acusada responda!... ¡Es cierto?...
BEN.—(Como quien despierta de un sueño.)
¡Es verdad!...
LA MAJA.—(A los franceses.)

¡No escuchadla!... ¡Está ofuscada!...
¡Perdió la razón!...
LAF.—(Con imperio, a la Maja.)
¡Callad!
BEN.—(Adelantándose.)
¡Por Dios juro que yo he sido!...
(Volviéndose, implorando a la Maja, que intenta detenerla.)
¡No insistas más, por favor, que al mentir diera al olvido el ejemplo de mi amor!...
¡Amor que mi orgullo era y que se llevó en la caja al morir, mi vida entera, sirviéndole de mortaja las glorias de su bandera!...
(Rendida por la emoción va a desplomarse. Don Miguélito y el Abate la sostienen.)
LAF.—(Volviendo a leer.)
Una maja cuyo nombre en todo el barrio se ignora...
(La Maja se adelanta.)
¿Cómo os llamáis?...
LA MAJA.—No os asombre que oculte mi nombre ahora, porque quiero en esta empresa bajar a la sepultura como una víctima oscura que la barbarie francesa a sus retrocesos inmoló...
LAF.—Mas, ¿sois dama principal?...
LA MAJA.—(Con orgullo.)
¡Dama o maja, me da igual, con tal de ser española!...
Si mi capricho os extraña, y darme un nombre queréis, al sentenciarme podéis ponerme por nombre ¡España!...
¡Sin que mi orgullo os asombre podéis España escribir!...
¡Bien puede llevar tal nombre quien va por ella a morir!...
Y, en fin, señor capitán, como falsas pueden ser las noticias que aquí os dan, (Señalando al pliego.)
yo misma quisiera hacer de mis culpas relación...
¿Vuestra gente me ha acusado de haber, ayer, disparado en contra suya un cañón?...
LAF.—¡Tenéis razón! Ese es vuestro crimen...

LA MAJA.—¡Por el cielo,
señor capitán francés,
que no es crimen, que en su anhelo
de mirar su patria ilesta,
callar haga una manola
a la metralha francesa
con la metralha española!

OFICIAL.—¡Silencio!...

LA MAJA.—¡Pront^o concluyo!...

LAF.—¡Es un crimen!...

LA MAJA.—¡Me da igual!...

¡De ese crimen, con orgullo
me declaro criminal!...

Se que vais a condenarme,

y el fallo tranquilo espero,

que si por España muero,

España sabrá vengarme...

*(Momento de silencio y expectación,
durante el cual los oficiales cuchichean
entre sí, comentando el fallo con un
encogimiento de hombros.)*

LAF.—(Alzándose.)

Interrogados los reos,

y no encontrando, a pesar

de nuestros buenos deseos,

razones que atenuar

hubieran su proceder,

los siete son condenados,

sin más trámites a ser

por traidores fusilados...

LA MAJA.—(Con ímpetu.)

¡Traidores, los que, villanos,

con máscara de amistad,

se acogieron como hermanos

a nuestra hospitalidad;

y como tales sin tino

nuestra mesa compartieron

y de nuestro pan comieron

y bebieron nuestro vino,

en tanto que sus rencores

ocultaban bajo flores

de mentidas hermandades

que sinceras parecían,

los hierros con que querían

atar nuestras libertades,

para ofrecer nuestro honor

sin defensa encadenado,

como un león enjaulado,

a su altivo emperador!...

¡Traidores los que, mirando

al pueblo inerme en la lid,

lo fueron ametrallando

por las calles de Madrid;

y con cruel felonía

que al mismo crimen asombra,

por miedo a la luz del día,

los fusilan en la sombra!...

Y si tras tantos horrores,

aun pretendéis ser leales,

nosotros, por ser mejores

y no ser vuestros iguales,

preferimos ser traidores!...

LAF.—(A los soldados.)

¡Soldados, la ley cumplid!...

MAL.—(A los soldados, que los empujan hacia el bosque de la izquierda.)

¡Tengan paciencia y esperen,

que ya verán cómo mueren

los chisperos de Madrid!...

segundo término de la izquierda, bajo el

gundo término de la izquierda, bajo el

macizo de la arboleda. Después retroceden

algunos pasos, quedando en la

actitud en que los ha inmortalizado el

pincel de Goya en su cuadro de los fusilamientos.)

BEN.—(Enloquecida de dolor.)

¡No hay nadie que me sostenga

en esta noche de horror?...

(Don Miguelito la ampara en sus brazos.)

LA MAJA.—(Alzando los puños al

cielo.)

¡España a tus hijos venga,

que a morir van por tu amor!...

(En el grupo, algunos se retuercen de ira, otros muestran el puño crispado a los franceses.)

VILL.—(Con profundo recogimiento,

señalando los ojos al cielo.)

¡Purificanos. Señor,

en tus divinos crisoles!...

(Todos se arrodillan.)

¡Rezad en silencio, hermanos!...

¡Luchamos como españoles!...

¡Muramos como cristianos!...

(Pequeña pausa, en la que sólo se

siénten el amartillar de los fusiles y el

abeíeo santo y milagroso de las ple-

garias. Algunos franceses vuelven el

rostro, emocionados de la grandeza

trágica del cuadro, y en más de una

mano tiembla el fusil.)

VILL.—(Alzándose y bendiciendo a sus

compañeros.)

¡Os absuelvo y que Dios luego

en su piedad nos reciba!...

OFICIAL.—(Con voz trémula, marcando con la espada los tres golpes, al primer pelotón de soldados.)

¡Preparen!... ¡Apunten!... ¡Fuego!...
LOS PRISIONEROS.—(Al sentir la

descarga, en un clamor frenético.)
¡Viva España!... ¡Viva!... ¡Viva!...
(Algunos caen ensangrentados bajo el
macizo de la arboleda.)
(Telón rápido.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Estudio de Goya, en su quinta a orillas del Manzanares. Al fondo un amplio ventanal, por cuyo hueco han de verse los paisajes primaverales de las riberas del río, iluminados por la luz gloriosa de una mañana de Mayo. En el ángulo de la izquierda, un diván verde con almohadones blancos. Frente al diván, casi en el centro de la escena, un gran caballete con el lienzo de La Maja vestida, vuelto hacia el fondo, para recibir mejor la luz del ventanal. A izquierda y a derecha, puertas. En las paredes, cuadros, tapices, aguas fuertes y dibujos reproduciendo la obra maravillosa del gran artista. Por la escena armas, arcones antiguos, sillones frívolos, cosas bellas y artísticas. En el primer término, una mesita con libros, y junto a ella dos sillones de cuero de Córdoba.

Pedro Romero y el doctor Galíndez, conversando junto a la mesa del primer término.

PED.—La herida, ¿es de gravedad?

GAL.—La bala no se ha encontrado, y el sitio en que se ha alojado es peligroso en verdad, pues una emoción violenta, o algún movimiento fuerte, de pronto, sin darse cuenta, pueden causarle la muerte...

(Pequeña pausa. Se sientan.)

PED.—¡Pero qué alma tan entera!...
¡Apenas cobró el sentido, a don Francisco ha pedido

que el retrato prosiguiera!...
Y en su estancia está, hace rato, de su dolor olvidándose, vistiéndose y ataviándose para acabar su retrato, cual si sintiera el temor de que su vida acabara, antes que el lienzo ostentara la firma del gran pintor...
GAL.—¿Y Goya?...
PED.—Aunque a tal desecho con firmeza se negó, y disuadirla intentó, en el vivo centelleo de su mirar se veía que su alma indómita y brava, en sus ojos flameaba

de entusiasmo y de alegría...
(Los dos se levantan y se dirigen a contemplar, desde el fondo, el cuadro.)
 GAL.—¡Bello cuadro!... ¡Qué portento de dibujo y colorido!...
 A través de ese vestido, que tiembla al besarlo el viento, adivinamos codiciosas nuestras pupilas serenas desnudeces de azulejos entre rüjores de rosas...
 Tiembla en lascivos asombros la ondulante cabellera, como si se estremeciera al acariciar sus hombros; y son sus labios en flor en una sonrisa presos, como un desmayo de amor en un éxtasis de besos...
 Su abandono, el centelleo de su mirada infinita, todo parece que grita sin voz, a nuestro deseo que anhela romper los lazos en que su ansiedad le encierra: —¡Ven a gozar en mis brazos todo el placer de la tierra!... Soy el amor grande y fuerte, fecundo al par que homicida, que a veces nos da la vida y a veces causa la muerte...—
 Jamás un pincel humano expresó con tal justeza la alucinante belleza y el encanto sobrehumano, al par árabe y latino, de la mujer española, como Goya, en el divino retrato de esa manola...
 De belleza el alma ungida a su vista se estremeca...
 En cuadro tal, bien merece darle en ofrenda la Vida...

Dichos y don Francisco de Goya, que penetra por la puerta de la izquierda.

GAL.—*(Corriendo a abrazar[le].)*

¡Goya!

GOYA.—¡Querido doctor!

¿Qué tal la corte?...
 GAL.—Después

de tantas horas de horror,

¡como un cementerio así!...
 ¡Y en los hogares desiertos, agobiado de tristeza, todo Madrid llora y reza por el alma de sus muertos!...
 GOYA.—¡No sufrid, amigo mío, que el pueblo despertará nuevamente, y con más brío tanta sangre vengará!...

Esa paz es ilusoria, y es falsa su posturación: ¡tras el viernes de Pasión vendrá el sábado de Gloria!...

¡Quizás nos llegó la hora de ser lo que ser debemos; y acaso, lo que creemos que es crepúsculo, es la aurora de un nuevo y glorioso sol de grandeza y libertad, que alumbrará la inmensidad del nuevo imperio español!

Esperanza hay que tener, porque en esta tierra hurafía, ¡jamás una planta extraña ha logrado florecer!...

¡No perdas la confianza, que en la paz como en la guerra, lo que ningún pueblo alcanza lo consigue nuestra tierra!...

¡Tierra áspera, dura y sola, que sobre ella no tolera la sombra de más bandera que la bandera española!...

PED.—¡Qué patriotismo denota vuestra profunda emoción!...

GOYA.—¡Cómo no ser patriota si he nacido en Aragón!...

GAL.—¿Y la Maja?...

GOYA.—Vendrá presto, que para el cuadro acabar el lecho quiso dejar, y por más que a ello me opuse con su gusto se salió...

¡Buen Galindez, por el cielo, que es digna la tal modelo de un artista como yo; porque en mi vida afanosa nunca halló mi arte ambicioso, en un cuerpo tan hermoso un alma tan valerosa!...

(Confidencialmente, bajando la voz.)

No os quisiera importunar... Mas, decidme, ¿de qué suerte la lograsteis arrancar

de las garras de la muerte?...

GOYA.—Con Murat tengo influencia,

y apenas supe que estaba presa, y que la existencia por España se jugaba, en busca de Murat fui, y a la etiqueta insumiso, en su estancia me metí, aun sin pedirle permiso... ¡Por cierto que para entrar como el paso me impidiera, a un paje tuve que echar rodando por la escalera!...

¡Y allí los dos, cara a cara, con tal firmeza le hablé, que al fin y al cabo logré que su perdón me firmara!...

Todo Madrid recorrí a la modelo buscando, indagando y preguntando hasta que con ella di, en tan críticos momentos, que ya lo fusincha

con sus descargas había consordicado los vientos.

La ejecución suspendí; y a la luz amoratada de una farola, postrada entre los muertos la vi inmóvil y ensangrentada.

Herido un hombre tenía;

¡y la sangre que corría en temblores carmesíes por la herida estrecha y leve, es un rosal de rubíes deshojándose en la nieve!...

(Pequeña pausa, durante la cual Goya requiere la paleta y los pinceles.)

PED.—*(Sonriente, y con malicia.)*

¡Ya se le advertió al pintor!...

GOYA.—¿Se advertiste?...

PED.—Que creía

que la mano del amor

el retrato firmaría...

GOYA.—*(Interrumpiéndole bruscamente.)*

¡Romero, los labios sella,

porque el amor, a mi edad,

o es crimen o es necesidad!...

PED.—*(Viendo aparecer a la Maja por la puerta de la derecha.)*

¡Silencio, que aquí está ella!...

Dichos y la Maja, que penetra ataviada y vestida como aparece en el lienzo inmóvil, por la puerta de la izquierda, sostenida por dos esclavas mulatas. Todos acuden en su auxilio, ayudándole, a reclinarse en el diván del fondo. Las esclavas se inclinan y desaparecen.

GAL.—*(A la Maja, con cariñosa sencillez.)*

¿Qué tal?

LA MAJA.—*(Con voz débil pero firme.)*

¡No siento el dolor que me produce la herida, sino vergüenza y furor de ver mi patria venida a los pies del invasor!...

PED.—Da al olvido ese pesar, que los pasados evases ya los sabremos vengar...

¡Con rédito a los franceses les vamos a hacer pagar tanta sangre derramada!... *(Animándola, mientras Goya se dispone a pintar.)*

¡Conque alegre la mirada y tus dolores quieta, que ya tiene preparada don Francisco la paleta!...

LA MAJA.—*(Reclinándose trabajosamente en el diván.)*

Y yo, ahogando mi dolor, con el rostro placentero encendido de rubor, para cumplirlas, espero las órdenes del pintor...

(Pedro Romero y Galíndez se retiran, volviendo a sentarse junto a la mesa del primer término.)

GOYA.—*(A la Maja.)*

¡Vuelve tus ojos aquí!...

(Reparando en la contracción dolorosa del rostro.)

¡Mas te puedes fatigar de estar reclinada así!...

LA MAJA.—*(Disfrutando su dolor con una vaga sonrisa.)*

¡Preocuparos de pintar,
y no os preocupéis de mí!...
GOYA.—*(Contemplándola mientras
pinta febrilmente.)*

Pues empecemos... Jamás
te contemplé la mirada
tan bella como ahora estás
en el diván reclinada...
Por tu indolencia, más bien
que maja fiera y arisca,
pareces una odalisca
en los ocios del harén...
El dolor te hace más bella;
y aun la misma calentura
que en tus pupilas destella,
aumenta más tu hermosura,
pues el fulgor que desprende
hace tus labios más rojos,
y soles de fuego enciende
en la noche de tus ojos...
Como un mármol reluciente
ungido por el amor,
la palidez de tu frente
parece, bajo el negror
de las profundas guedejas,
que espera un beso inmortal
que calme su desconsuelo;
y es el arco de tus cejas
una ojiva, por la cual
se puede mirar el cielo...

*(La Maja ahoga una queja entre sus
labios.)*

¿De qué te quejas?..
(Queriendo ir a ampararla.)

LA MAJA.—*(Deteniéndole con un gés-
to.)*

¡Aun cuando
el dolor me haga morir,
sin que os duela mi sufrir,
podéis proseguir pintando!...
¿Qué es la vida comparada
con el placer, vive Dios,
de mirarse retratada
por un pintor como vos?...

¡Seguid pintando, sin prisas!...

GOYA.—Para el retrato acabar
sólo falta matizar

el rosa de esas sonrisas
que florecen indolentes,
dando a las rosas agravios,
entre el blanco de los dientes
y el bermellón de los labios!...

LA MAJA.—*(Palidísima, haciendo un*

*esfuerzo horrible para sonreír vaga-
mente.)*

¡Pues entonces sonreiré
de cariño estremecida,
y en mi sonrisa os daré
la última flor de mi vida!...
¡De esta vida que quisiera
para brindaros su olor,
ser la más fragante flor
de una eterna primavera!...
*(Pequeña pausa, de desfallecimiento,
con la voz débil y trémula como un
suspiro.)*

Aunque tranquila me veis,
daos prisa en terminar
si en ese lienzo queréis
mi sonrisa retratar,
que ya el corazón me advierte
que si no pintáis de prisa,
recogeréis mi sonrisa
de los labios de la muerte!...
*(Como desvagando, mientras Goya
prosigue, en un arrebato de inspiración,
pintando como un poseído.)*

¡¡Mi sonrisa!... Al sonreír
entre mis dientes la muerto...

¡Es el único recuerdo
que mi alma os lega al morir!...
*(Se queda rígida e inmóvil, desplomo-
da sobre el diván, con una vaga y dul-
ce sonrisa casi imperceptible en los
labios. Pedro Romero y el doctor Gal-
linderz, que han seguido con profunda
ansiedad el diálogo anterior, acuden a
socorrerla. Goya continúa ajeno a todo
dando los últimos toques al retrato,
poseído de la fiebre del arte.)*

PED.—Desmayóse!...

¡No fué nada!...
(Reconociéndola.)

¡De nuevo le herida abierta!...

GAL.—*(Volviéndose a Pedro Romero.)*

¡Mira!... ¡No está desmayada,
Pedro Romero, está muerta!...

Su frente y sus manos toca...

Son de hielo...

(Bendiciéndola.)

PED.—¡Ya cumplió
su promesa, pues murió
con la sonrisa en la boca!...

GOYA.—*(En un arranque supremo de
orgullo de artista, volviendo el caba-*

llete para que puedan contemplar el retrato.)

¡No ha muerto, que aún viva, en esa tela de luz y armonía,

a la muerte desafia!...

¡Si ella cumplió su promesa,

yo también cumplí la mía!...

¡En ese lienzo, mirad

cómo a sus plantas sumisa,

se postra la eternidad!...

(Contemplando el cadáver de la Ma-

ja, a cuyo lado permanecen, de rodillas, Pedro Romero y el doctor Galindez.)

¡Que ella ha muerto?...

(Con la altiva soberbia de un dios que crea.)

¡No es verdad,

que en pago de su sonrisa

le di la inmortalidad!...

(Telón rápido.)

FIN DE LA OBRA

B. Dip. Almería

AL-821-VIL-maj



1001228

FUERA CANAS sin teñirlas ni arrancarlas



Marca Registrada

Gran invento **BRILLANTINA INDIA** (Sin grasa)
Lija e en la etiqueta La figura
de la India (Marca Registrada.)

Producto antiséptico, compuesto de raíces aromáticas
Unico que sin teñir, en pocos días devuelve a las canas su color
primitivo. Usandole no salen nunca. Fortifica la raíz del
cabello evita su caída y le devuelve el jugo perdido, pues la
cana no la motiva otra causa que la falta de dicho jugo, sin
el cual se debilita la raíz, haciendole perder color y fuerza.
Precio: 5 pesetas. De venta en todas las perfumerías y dro-
guerías. Por mayor: J. BARKEIRA, Muñoz Torrero, 6.
MADRID.

LA NOVELA TEATRAL

Sumario de obras publicadas en LA NOVELA TEATRAL

Quidos.-49. Electra.-53. Doña Perfecta.-58. La loca de la casa.-62. Realidad.-82. La de San Quintín.-**Sor Simona.

Benavente.-9. Todos somos unos.-102. La copa encantada.-107. El marido de su viuda.-229. Mas fuerte que el amor.-239. La princesa Bebé.-253. El dragón de fuego.-259. La ciudad alegre y confiada.-261. La gata de Angora.-263. La rosa de los sueños.

Duñero.-66. Doña Clarines.-71. El patio.-75. La escodada sena.-68. El niño prodigio.-**Pepita Reyes.-266. El centenario.-257. La zaga.-284. El genero infimo.

Gulméra.-113. María Rosa.-114. Tierra baja. 108. Agua qui corre.

Linares Alvas.-16. El cardenal.-89. La cizaña.-101. Bodas de plata.-241. Cristóbal.-246. Toinadas.-250. Flor de los pazos.-267. Sangre roja.-282. La razón de la sinrazón.-289. Ahoranas.

Martinez Sierra.-29. Primavera en otoño.-**El ama de la casa.

Tamayo y Gaus.-136. Un drama nuevo.-209. La bola de nieve.-186. Lances de honor.-149. La lecura de amor.-177. Lo posit vo.-214. Virgimia.

Dicenta.-6. El lobo.-14. Sobrevivirse.-24. El señor Feudal.-30. El crimen de ayer. 60 Daniel.-69. Amor de artistas.-77. Aurora.-92. Luciano.-**Juan José

Zorrilla.-188. El alcalde Ronquillo.-130. El Zapatero y el Rey.-131. Sancho García.-148. El pañal del Godo.-171. La mejor razón la espada.-234. El Zapatero y el Rey (1.ª parte.)

Villaseca.-10. El Rey Galao.-23. Abén-Humeya.-37. Doña María de Padilla.-65. La leona de Castilla.-217. El Halconero.-**El Alcazar de las Perlas.-28. La Gioconda.

Maquina.-134. En Flandes se ha puesto el sol.-182. Doña María la Brava.-201. El retablo de Agrellano.-222. Las hijas del Cid.-185. El Rey trovador.

Ramos Carrión.-84. El noveno mandamiento.-86. La tempestad.-91. La Bruja.-165. La muela del juicio.-94. El bigote rubio.-106. Los sobrinos del capitán Grant.-179. Mi cara mitad.-123. Los señoritos.-213. La criatura.-30. La Marsellesa.-271. Agua, azucarillos y aguardiente.

Vital Aza.-22. Francfort.-33. La Rebotica.-48. Ciencias exactas.-39. La Praviána.-45. Padada y fonda.-0. Tiquis Miquis.-83. La sala de armas.-157. Las codornices.-137. El sueño donado.-125. El matrimonio interino.-226. Llovido del cielo.-197. El señor cura.-131. El sombrero de copa.-219. Con la música a otra parte.-191. El ahogado.-290. Peracito.

Ramos Carrión-Vital Aza.-147. El señor gobernador.-118. Zaragüeta.-83. Robo en despojado.-151. El pascón municipal.-140. El oso muerto.-131. La ocasión la pintan calva.-118. El rey que rabió.

Echegara, (Miguel).-41. La viejecita 51. Gigantes y cabezudos.-76. El duo de la Africana.-91. La Rabatera.-116. Los demonios en el cuerpo.-178. La Credencial.-163. Los Hugonotes.-120. Entre parientes.-111. El octavo, no mentir.-303. Juegos malabares.-305. Meterse a redentor.-307. La monja escalza.

Arniches.-2. La sobrina del cura.-11. La casa de Quiros. 19. Las estrellas.-20. Doloretas.-21. La señorita de Trévez.-43. La gentuza.-67. La noche de Reyes.-82. La chica del gato.-283. La heroica villa.-285. Es mi hombre.-286. La pobre niña.-288. Los caciques.-288. La hora mala.-302. ¡Que viene mi marido!

Arniches García Alvarez.-16. Alma de Dios.-17. El pobre Valbuena.-70. El terrible Pérez.-78. El fresco de Goya.-83. El método Górruz.-87. El cuarteto Pons.-87. Mipapa.-124. El pollo Tejada. 128. El perro chico.-105. Gente menuda.-223. El príncipe Casto.

García Alvarez-Muñoz Seca. 8. El verdugo de Sevilla.-12. Fúcar XXI.-34. La frescura de Lafuente.-51. El último Bravo.-56. Los cuatro Robinsones.-64. Pastor y Borrego.

Muñoz Seca.-270. La plancha de la marquesa.-273. La verdad de la mentira.-275. Los pergaminos.-276. La razón de la locura.-278. La cartera del muerto. 280. El Condado de Mairena.-111. La barba de Carrillo.-193. Faustina.-286. Los misterios de Laguardia.-291. El último pecado.

Muñoz Seca-Pérez Fernández.-287. Pepe Conde o el mentir de las estrellas.-268. La fórmula 3 K3.-73. Trampa y cartón.-27. López de Coria.-187. Los amigos del alma.-254. Un drama de Calderón. 280. Martinisala.-162. Trianeras.-213. La hora del reparto.-255. El parque de Sevilla.

Pase Abati. 13. El río de oro.-40. El gran tacaño.-116. La Divina Providencia.-206. Los perros de presa.

Perrin-Palacios. 74. La Corte de Faraón.-80. La manta zamorana.-81. Pedro Giménez.-89. La Generala.-93. Pepe Gallardo.-109. El Húsar de la Guardia.-142. En-ñanza libre.-218. Certamen Nacional.-194. Cuadros disolventes.-150. La tierra del Sol.-225. Las mujeres de don Juan.-146. El País de las Hadas.-440. Cinematógrafo Nacional.

COMEDIAS

1. Trata de blancas.-3. El místico.-4. Los semidioses.-5. Las cacahúas.-10. El hombre que asomó.-26. La eterna víctima.-28. Jimmy Samson.-31. El misterio del cuarto amarillo.-36. Primeros.-38. Raffles.-41. Mirandolina.-42. Genio y figura.-47. Petit-Café.-48. Los Noveleros.-54. La Tizona.-55. Miquette y su mamá.-57. Los gemelos.-98. La cea de las burlas.-100. Franz Hallers.-103. La Tosca.-108. La tía de Carlos.-112. Fedora.-117. El ocuro dominio.-121. Los gansos del Capitolio.-129. El director general.-133. ¡Tocino del cielo!.-134. Militares y paisanos.-135. Muérete y verás!.-139. Jarabe de pico.-140. Papá Lebonnard.-143. El Revisor.-144. Basco Jimeno.-145. El crimen de la calle de Leganitos.-146. Lo que ha de ser.-152. Don Francisco de Quevedo.-153. La Cición.-156. El amor vela.-160. La señorita del almacén.-164. El ladrón.-165. La pesca del millón.-167. El señor Duque.-169. El Gobernador de Urbequieta.-173. Jettatore.-180. Situaciones cómicas en el teatro español.-181. El tenor.-185. El primerorro.-189. La casa de los milagros.-190. El duelo.-194. Los amantes de Teruel.-198. La Canastilla.-199. Marcela, o ¿a cuál de los tres?.-203. La historia de Don Juan Tenorio.-207. Un negocio de oro.-208. También la corregidora es guapa.-210. Mister Beverley.-212. La dama de las camelias.-215. Hamlet.-216. La caracterización y las morcillas.-220. Los piropos.-221. El Gavilán.-224. Esclavitud.-225. Las virgenes locas.-227. El soldado de San Marcial.-228. Judith.-230. El peño de la dehesa.-231. El Corral de la Pacheca.-232. Envejecer.-237. El puesto de Antiquites de Baldomero Pegés.-238. Don Gil de las Calzas verdes.-240. El arte de decrar.-242. Laza.-243. La casa de la Troya.-244. Juventud de príncipe.-245. El mayor monstruo, los celos.-247. Magda.-248. La moza de cántaro.-251. A secreto agravio, secreta venganza.-264. Mi salvador.-269. La tierra.-272. La República de la broma.-279. Germeido.-283. Los pollos bien.-289. La clave de sol.-300. Frutería de Frutos.-304. ¿Que no lo sepa Fernán?.-306. Alfonso XII.-313. 308. Santa Isabel de Ceres.-309. La luna de la sierra.-310. ¿Si fue don Juan andaluz?...-311. Margarita la Tanagra.-313. Constantino Pla.-315. Mi marido se aburre.-318. El pobre Rico.-317. Larrea y Lamata.-318. La caseta de la feria.-320. Melchor Gaspar y Baltasar.-321. La Presidenta.-322. El caudal de los hijos.-323. El cuarto de Galina.-325. La casa de Salud.-326. El madrigal de la Lumbre.-327. Las mocedades del Cid.-328. El cerdo de Avilés.-329. La fiebre verde.-330. El hombre de las diez mujeres.-331. Alcalá de los Gandules.-332. Arsenio Lupin.-333. La loca aventura.-334. Las superiembras.-335. La extraña aventura de Martín Pequet.-336. Flor de Córdoba.-337. Los maicados.-338. El segundo marido.-339. El amigo de las mujeres.-340. El tiempo de las cerezas.-341. Nick Carter.-342. La reconquista.-343. Emburujamiento.-344. Gloria.-345. Pedro Fierro.-346. Nuestro enemigo.-347. Carrito de las guitarras o El gordo de Navidad.-348. El desconocido.-349. Las urracas.-351. Amo y criado.

ZARZUELAS

1. Charito la Sarnatana.-22. Serafina la Rubiales.-46. La alegría de la huerta.-52. La marcha de Cádiz.-61. El chico del cafetín.-68. Los cadetes de la reina.-72. La Tempranica.-79.-El niño judío.-84. El padrino de sal y venas.-85. La balsa de aceite.-96. El señor Joaquín.-127. Tonadillas españolas.-158. Cantables célebres de zarzuelas.-9. Nonón.-161. Los pendientes de la Trini.-162. Pancho Virondo.-185. La boda de Cayetana.-168. Las Corsarias.-170. La Chicharra.-172. El nido del principal.-174. La Madrina.-175. Chistes célebres de comedias.-176. La suerte de Salustiano.-184. La tragedia de Lavina.-202. La canción del olvido.-205. El As.-204. La suerte perra.-211. Tonadillas españolas (2.ª parte.)-235. El Príncipe Carnaval.-235. Don Lucas de Cigarral.-258. La novelera.-262. Matías López.-265. Tonadillas y tonadilleras españolas (3.ª parte.)-266. Tonadillas y tonadilleras españolas (4.ª parte.)-274. Tonadillas y tonadilleras españolas (5.ª parte.)-277. El chaleco blanco.-281. La Hoja de Parra.-200. El Avapiés.-294. Chiribitas.-295. Tonadilla y tonadilleras españolas (6.ª parte.)-297. La cartujana.-301. El corteo de genio.-312. Arco Iris.-314. El gran Bajá.-319. Lola Montes.-324. Tonadillas y tonadilleras españolas (7.ª parte.)-350. Tonadillas y tonadilleras españolas (8.ª parte.)

Número atr. sado 10 céntimos e nre el precio que marca el ejemplar.

() Las obras señaladas con dos asteriscos han sido publicadas en LA NOVELA CORTA.**

FLIRT

REVISTA FRIVOLA

FLIRT es la única Revista galante, que por el prestigio de sus laboradores artísticos y literarios, merece ser leída.

Diríjase la correspondencia a PRENSA POPULAR.-Madrid, Calvo Asensio, 3.-

SUSCRIPCION: MADRID, PROVINCIAS Y AMÉRICA, SEMESTRE, 8 PESETAS.-AÑO, 15 PESETAS.

SE PUBLICA LOS JUEVES

30 cé.

736